

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 17. — N° 280.

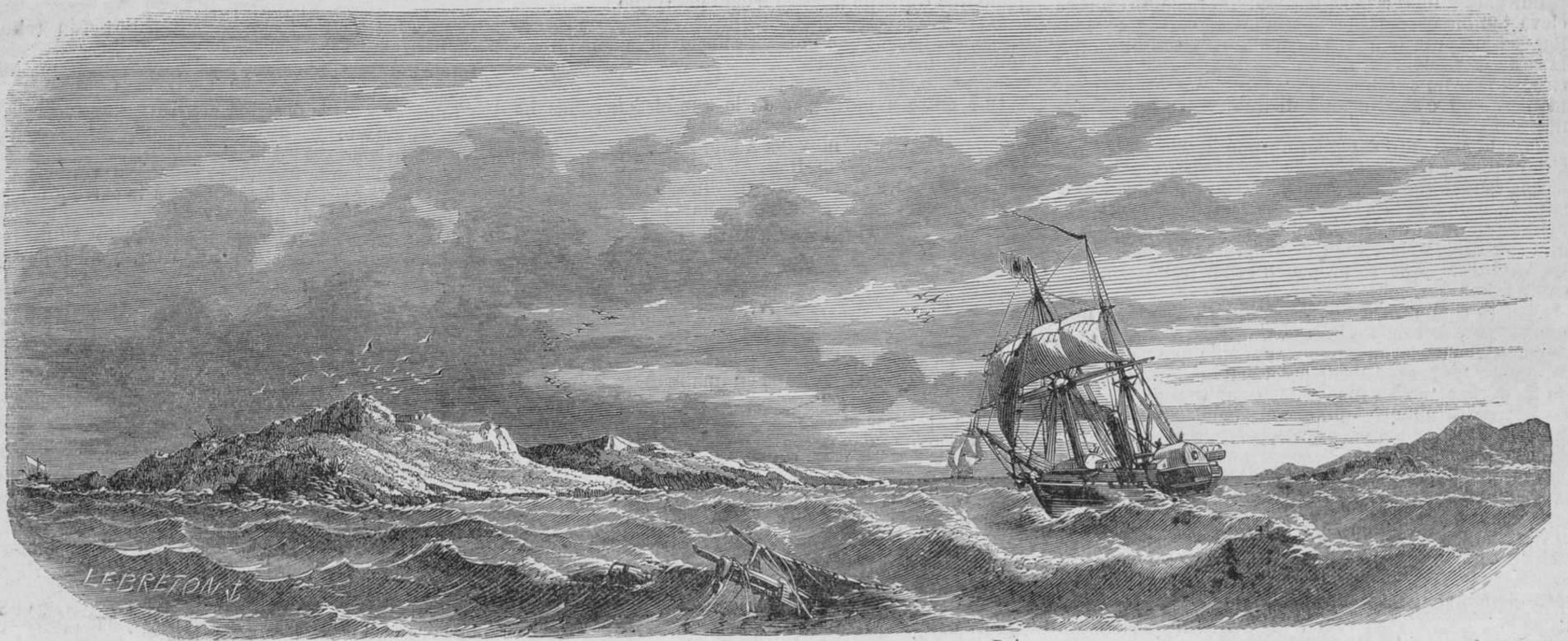
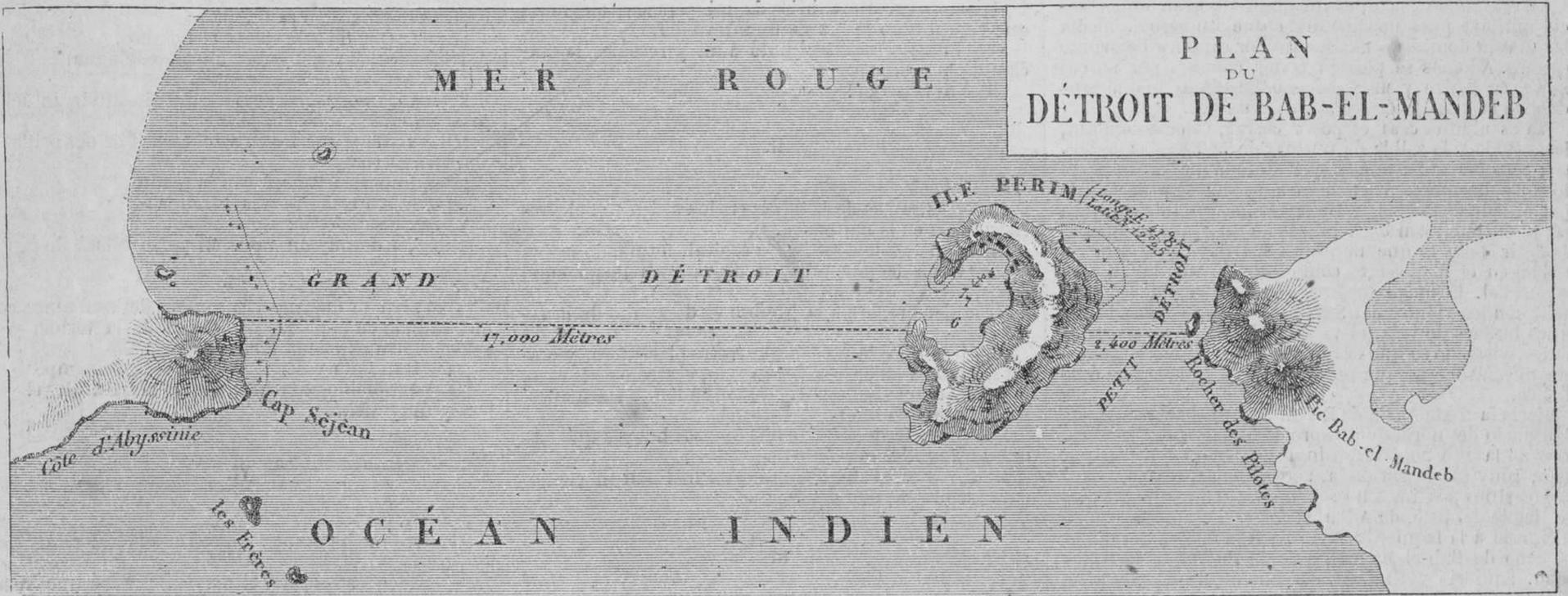
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

La isla Perim; grabados. — Un día del honrado labrador. — Oriental. — Curiosidades inglesas; grabados. — Re-

vista de Paris. — Literatura. — Inauguracion del ferrocarril de Lausana á Ginebra; grabados. — El espadachin. — Proyecto de una fuente monumental para

Burdeos; grabado. — Venecia; grabados. — Discursos pronunciados en la Academia española. — La romeria de San Celerin en la Baja Normandia; grabado.



La isla Perim y el estrecho de Bab-el-Mandeb, en el mar Rojo.

La isla Perim.

La isla Perim de que tanto se habla hace algun tiempo, se halla situada al extremo del mar Rojo en medio del estrecho de Bab-el-Mandeb. Para las personas que deseen indicaciones mas precisas, daremos su situacion exacta: 12° 38' de latitud Norte; 41° 8' 16" de longitud Este del meridiano de Paris.

Pedregosa y pelada, sin una gota de agua, sin una yerba, Perim, como un huevo enorme cuya punta mas gruesa mira á la Abisinia, se eleva á 70 metros ó 220 piés sobre el mar. Parece de origen volcánico como la mayor parte de los picos que se destacan á la derecha y á la izquierda de la entrada del golfo de Abisinia. Tiene unas dos leguas de larga sobre una de ancha, y estéril como es, nunca ha tenido habitantes.

Perim, llamada tambien Meyun é isla de Bab-el-Mandeb, colocada así en medio del desierto, forma dos pasos uno al Sur con la costa de Abisinia, y el otro al Norte con la costa de Arabia.

El primero es el mas ancho, pues cuenta unas 11 millas, en tanto que el segundo no tiene mas de una y media. Pero en ese paso del Sur hay siete ú ocho islotes que llaman los Hermanos, ó en árabe *Jezizat-es-Sab'ah*, las Siete Islas. Estos islotes son de color oscuro, y el mas lejano en el Oeste es volcánico. No harian el paso peligroso, aunque son muy rápidas allí las corrientes y las mareas; pero el mar tiene una gran profundidad, y es muy difícil fondear si fuese necesario. Los Hermanos plantados como unos gigantes, tienen de 80 á 107 metros de altura, y en las pequeñas bahías que forman se encuentra buena pesca.

Rara vez se va por el paso grande; regularmente se prefiere el pequeño, es decir, el que está entre Perim y la costa de Arabia, ó mejor dicho, el cabo de Bab-el-Mandeb.

Este paso, mas reducido aun por un peñasco llamado del Piloto, entre Perim y el continente, no tiene 2,400 metros de anchura. Entre el Piloto y el cabo de Bab-el-Mandeb hay poco fondo y una porcion de rocas impiden toda navegacion. Por el contrario, entre el peñasco del Piloto y Perim el canal es excelente; tiene por todas partes de 12 á 17 brazas, y al mismo pié de Perim hay aun de 5 á 7 brazas. Es todo lo que necesitan los buques mayores.

De este modo Perim es un punto de gran importancia militar, pues no cabe duda que un paso de media legua está dominado fácilmente por cañones de grueso calibre. Además se pueden poner cañones por ambos lados, en Perim y en el peñasco del Piloto, lo que produciría la ventaja de los fuegos cruzados.

Ya es alguna cosa el poder cerrar, colocándose ahí, la entrada y la salida de un mar de 500 leguas de largo; pero Perim posee á mayor abundamiento un puerto muy hermoso. Se encuentra al sudoeste de la isla por el lado de Africa, y tiene media milla de anchura en su entrada, con 6 á 7 brazas de un fondo excelente, es decir, todo lo que necesitan los navios de guerra. Caben en el fondeadero como unos cincuenta en toda seguridad. El único inconveniente es la dificultad de salir con los vientos del Sur, pero esto es solo aplicable á los buques de vela, el vapor se burla de estos obstáculos, y sabido es que la marina militar inglesa no tiene ningun buque que no sea de vapor, de rueda ó de hélice.

Hacia la parte Norte de Perim hay un banco cubierto inclinado del nordeste al noroeste; pero como está detrás de la isla no ofrece ningun peligro. — Tal es Perim, muy fuerte sin duda, pero nada agradable.

Los sitios próximos no son mejores. Suponiendo que se llegue del Este, de Aden, verbigracia, á 40 leguas de allí, está á la izquierda Perim, y á la derecha el famoso cabo de Bab-el-Mandeb ó de la Puerta de la Afliccion. Sombrío y desolado, de una altura de 750 piés, Jibbel-men-Alí, Bab-el-Mandel se distingue á 15 leguas de distancia.

Enfrente á unas seis leguas sobre la costa africana se eleva tambien solitario y desnudo el cabo Sea-jarn, Ras-sea-jarn, que tiene 400 piés de alto, y comunica con la costa por medio de una lengua de tierra de 640 metros. El mar no es bueno allí, y los navegantes experimentados no se aventuran á menudo entre los Hermanos y el pais de los Somanlis.

Cuando el tiempo está claro, como lo está por lo regular en esos climas ardientes, se pueden ver de una ojeada Bab-el-Mandel y Sea-jarn como dos pilares desiguales. Para que la puerta colosal estuviese completa, no faltaria mas que un arco entre los dos gigantes; tendria solo unas siete leguas de abertura, un juego para los arquitectos que se proponen echar un puente de Calais á Douvres.

Fácil es comprender ahora por qué los ingleses han tomado posesion de Perim: es un sitio á propósito para levantar una fortaleza inexpugnable que puede dominar el estrecho por donde pasará en breve el comercio de la Europa con los mares del Asia, pequeño comercio de cuatro á cinco millones de toneladas. El 14 de febrero de 1837 sin ruido y sin aviso previo la Compañía de las Indias envió un destacamento de artilleros y de obreros que plantaron en Meyun la bandera británica. Desde entonces no se ha dejado de trabajar en la fortaleza, como lo atestiguan los viajeros.

Ya en 1799 los ingleses ocuparon Perim y principiaron á construir algunas fortificaciones cuyas señales se han encontrado. Permanecieron allí dos años, es decir, todo el tiempo que la expedicion francesa les inspiró temores.

Hoy los ingleses temen el canal de Suez, que sin em-

bargo la debe ser mas provechoso que á nadie en el mundo, y toman de nuevo Perim para fortificarle esta vez de un modo definitivo.

¿A quién pertenece Perim? Grave cuestion que agitará la diplomacia. Los unos dicen que es de la Turquía, otros que es del iman de Mascata; hay quien asegura que pertenece á los Somanlis, y hay quien pretende que es del sultan de Buberá. Provisionalmente la Compañía de las Indias la ha tomado, porque la bandera inglesa es en la actualidad la única que frecuenta esos lugares, conocidos exclusivamente de los que trafican con las Indias, la Australia y la China.

UN DIA DEL HONRADO LABRADOR.

IDILIO.

I.

Son las cinco de la mañana.

La risueña aurora de un bello dia de mayo extiende su manto de púrpura y oro sobre las verdes colinas que rodean mi cabaña.

La ligera alondra con sus alegres trinos levanta su rápido vuelo hasta la region de las nubes, ansiosa de saludar al astro del dia, cuyos primeros rayos tienen su plumaje de encendidos colores.

El gallo altivo, mensajero feliz de la mañana, sacude sus nítidas alas, é irguiendo su coronada cabeza, canta con orgullo en medio de su serrallo.

La cándida paloma hace escuchar su tierno arrullo posada sobre el pajizo techo de mi hogar tranquilo y dichoso.

El tibio rayo del sol naciente penetra en mi habitacion por la ventana, al través de las hojas de un florido limonero, para anunciarme que comienza la hora del trabajo.

Abro los ojos con alegría, y dejo mi lecho sin pesera.

¡Bendito seas, Dios mio, que me has dejado amanecer para bendecirte!

Esposa de mi alma, hijos de mi corazon, alegraos; que ya alumbrá la luz de un nuevo dia.

Venid acá; arrodillaos junto á mí y recemos la oracion de la mañana.

¡Dios os bendiga!

II.

Son las seis.

Las secas ramas de la tajada encina arden con alegres chasquidos en la chimenea.

El humo asciende en ligera espiral, formando nubes que se tiñen de púrpura y se desvanecen luego en el espacio.

Mi mujer prepara á la lumbre el desayuno de la familia.

Nuestros hijos la rodean con rostro placentero, y prodigan tiernos halagos al fiel mastin, custodio de la casa, que agitando su lanuda cola, viene á lamer sus manos, pagando así sus inocentes caricias.

Voy entre tanto á uncin mis mansos bueyes que ruman tranquilos el pienso de la noche.

A mi voz se levantan humildes é inclinan su cuello, para recibir el yugo del arado.

III.

Las siete.

Ya humea sobre la tosca pero limpia mesa el hondo plato que contiene nuestro frugal desayuno.

¡Qué sabroso lo hace el apeliito!
Comed, bebed; que Dios ha echado su bendicion sobre estos manjares.

Un pobre está á la puerta.
Que entre á participar de lo que el Señor nos ha dado.

Sujetad al perro, no vaya á morderle.
Todos somos hijos de Dios.

Dadle de las frutas de nuestro huerto.
Que coma y beba hasta que se harte.
Dios agradece siempre los beneficios que se hacen en su nombre.

IV.

Las ocho.

Ahora á trabajar.
¡Qué hermoso es el campo en una mañana de primavera!

Voy á preparar el terreno para que mis hijos tengan pan el año que viene.

¡Qué fresca es la brisa!
¡Qué delicioso perfume exhalañ las flores!

Los trigos están preñados, y cuando el viento los agita, se mueven como las ligeras olas de un lago trasparente.

¡Qué bella es la luz!
¡Qué puro está el cielo!
Mis bueyes van delante de mí. ¡Qué gordos están!
¡Qué pelo tan lustroso!

Mi perro salta á mi lado ladrando de alegría; persi-

gue inútilmente á los pajarillos que revolotean en los sembrados, y luego vuelve á mí con el pelo mojado por el rocío.

Sobre sus lomos brillan algunas gotas, reflejando los rayos del sol, como las que están pendientes de las menudas yerbecillas.

Trabajemos.
Trabajar es vivir.

Bendito sea Dios que me ha dado salud para el trabajo.

Estoy alegre, y quiero cantar.

Pajarillo que vuelas
De rama en rama,
Y en tus alegres trinos
Tu dicha cantas:
¡Ay pajarillo!
Yo tambien soy dichoso;
Yo no te envidio.

V.

Las doce.
Ya he trabajado cinco horas.

¡Cómo ha cundido mi trabajo!
Estoy cansado y tengo calor.
Mis bueyes tambien necesitan reposar.

Vamos á la sombra.
Aquí, junto á este claro arroyuelo los pondré á pacer.

Tenderé mi manta debajo de estos álamos.
Así.

¡Qué viento tan delicioso!
¡Cómo tiemblan las hojas de los árboles!
¡Cuán agradable es su murmullo!

Voy á fumar.
¡Qué bien me sabe este cigarro!
¡Qué formas tan caprichosas toma el humo!

Mis bueyes están paciendo, y mi perro está echado junto á mí con la boca entreabierta.

¡Qué blancos son los dientes de mi perro! ¡Y no se los limpia.

¡Leal! ¿Estás jadeando? ¡Pobrecillo!
Has corrido mucho. Descansa.
¡Qué buen amigo es un perro!

¡Leal! ¡Qué bien le sienta el nombre!
Tengo sed, y voy á beber un poco de agua.
¡Qué hermosa es esta fuente!

Se ven las guijas del fondo, como si estuvieran debajo de un cristal muy limpio.
¡Qué verde y qué fresco es el césped de sus orillas!

No tengo vaso.
¿Qué importa? Beberé con la mano.
¡Qué fresca está; Dios la bendiga!

Ya estoy satisfecho.
Ahora, á dormir un rato. Mi perro estará de centinela.

¡Aquí, Leal, aquí!
¡Qué bien se duerme á la sombra de los álamos con el zumbido de la abeja, el arrullo de la tórtola y el suave murmurio de la fuente!

¡Qué tranquila y deliciosa es la vida del campo!
¡Qué agradable es la armonía de la naturaleza!
Soy muy dichoso.

VI.

Las dos.
Mi perro me ha despertado con sus ladridos. Alguien se acerca.

En efecto; es mi hijo, el mayor, que me trae la comida.
El perro ha cesado de ladrar y se adelanta á recibirle.

¡Mi hijo!... ¡Qué hermoso es mi hijo! Tan robusto como yo, tan hermoso como su madre.

Va á cumplir doce años, y ya lee y escribe muy bien, y sabe de cuentas.

Tambien sabe la doctrina cristiana, que su madre se la ha enseñado.
¡Qué hermoso es mi hijo!

Cuando llegue la Pascua, estrenará su vestido nuevo é irá por primera vez á comulgar á la parroquia.
¡Qué bueno es mi hijo!

Pronto me ayudará á ganar el pan para su madre y sus hermanos. Todavía es muy jóven, y no quiero que trabaje.

¡Qué bueno es mi hijo!
Cuando yo muera, él será el amparo de la familia; cultivará esta tierra, y vivirá honradamente, como yo he vivido, de su trabajo.

Aquí está ya mi hijo.
Dios te guarde, hijo mio.
Siéntate, que vendrás cansado.

¿Traes la comida?
¿Viene caliente?

Bueno; así nos será mas provechosa.
¿Han comido ya tu madre y tus hermanos?

¿Quedan comiendo?
Hacen bien. Despues de trabajar debemos tomar el alimento para sostener la vida.

Nos encontramos puesta la mesa.
¡Qué verdes y qué limpios manteles extiende el Señor por todas partes!
En el nombre de Dios, empecemos.

Come, hijo mio, come, que está muy bien sazónada la comida. Tu madre nos cuida admirablemente.
Toma: esto para tí; la mejor presa para mi niño.
¿Qué! ¿No te gusta?
¡Ah, picaruelo! ¿Con que lo decías porque yo la comiese! Ya te conozco.
Cómela tú, hijo mio.
Así.
¿Qué bien lo hemos hecho!
¿No quieres mas?
Ni yo tampoco.
Pónselo al perro, que ya se está relamiendo de gusto.
¿Pobrecillo! Mira cómo meneas la cola en señal de gratitud. Hasta los animales nos enseñan á ser agradecidos.
¿Desgraciado del que no lo es!
Demos nosotros gracias á Dios, porque nos ha dado de comer sin merecerlo.

VII.

Las tres.
El sol camina ya hácia el Occidente. ¿Qué serena está la tarde!
Voy á uncir mis bueyes para volver de nuevo al trabajo.
¿No te vas, hijo mio?
Me alegro. Así llevaré compañía.
Trabajemos.
¿Qué haces?
Suelta esa pobre mariposa, que puedes hacerle daño.
Dios manda que seamos compasivos hasta con los animales, que también son sus criaturas.
Así.
Mira qué alegre vuelve á volar al rededor de nosotros. Mira qué ufana ostenta sus ricos y brillantes colores.
¿Qué grande es Dios en todas sus obras!
Apártate, hijo mio, que vas á pisar ese pobre gusano.
¿Que es feo?
Pues también se ha de convertir en mariposa.
El Señor nos da lecciones por todas partes.
Aprende, hijo mio, aprende; y no olvides nunca la semejanza que hay entre el hombre y ese gusano.
¿Cuál es? Voy á decírtela.
Ese pobre insecto está condenado á arrastrarse sobre la tierra, hasta que cumplido su tiempo se encierre en su capullo, de donde por el poder de la divinidad sale luego con brillantes alas á recorrer el espacio.
Así es también el hombre.
Destinado por Dios á vivir con fatigas sobre un suelo regado con el sudor de su frente, baja al sepulcro para salir de él á otra vida mejor, y su espíritu vuela á confundirse con los ángeles en la eternidad; se entiende, si ha sido bueno.
Quiera Dios que tú lo seas, hijo mio.

VIII.

Las siete.
Ya es hora de descansar.
El sol se va ocultando detrás de aquellos montes.
Las avejillas vuelan en busca de su nido.
¿Qué agradable silencio!
¿Qué misteriosa es la naturaleza alumbrada por el crepúsculo de la tarde!
Solo se escucha de cuando en cuando la voz del ruiseñor que canta sus amores.
Dame la mano, hijo mio.
El amor es el dulce lazo con que Dios liga los corazones sobre la tierra. Tú también amarás algún día.
Quiera Dios que entonces encuentres una compañera digna de tí, una mujer casta, pura y virtuosa, como tu madre.
Mírala. Nos aguarda á la puerta con tus hermanos, para recibirnos como siempre con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón. Corre á abrazarla.

IX.

Las ocho.
Ya ha cerrado la noche.
Mis bueyes están paciando.
Vamos á cenar.
¿Qué rica es la leche de mis ovejas! ¿Qué dulce es la miel que mis abejas han labrado!
Come, esposa mia; comed, hijos de mis entrañas.
¿Bendito sea el Señor que nos envía el sustento!
El pobre leñador llega á la puerta. ¿Y es un pobre anciano!
El cansancio y la debilidad le impiden seguir su camino.
Que entre.
Dadle de cenar y un buen lecho de paja junto á la lumbre, para que pase la noche. Todos somos hermanos.
Ya hemos cenado.
¿Qué bien me ha sentado la cena!
Ahora vamos á contemplar el firmamento.
¿Cuántas estrellas derraman su luz en el espacio!
¿Qué grande es Dios en todas las manifestaciones de su omnipotencia!
Prosternaos, hijos míos, esposa mia; prosternaos

conmigo, y adoremos al Dios que ha creado los cielos y la tierra con solo el poder de su divina palabra.
Mirad: aquella estrellita señala las horas de la noche y dirige el rumbo de los navegantes. Mañana la vereis en el mismo sitio, fija siempre, como la mirada de Dios sobre sus criaturas.
¿Cuánta armonía! ¿Cuánta grandeza!

X.

Ya son las nueve.
Toma, hijo mio, toma ese libro y lee en él algunas hojas mientras llega la hora de dormir.
¿Cuántas verdades, cuánto amor, cuán dulce esperanza encierran los santos Evangelios!

XI.

Las diez.
Vamos á dormir.
Venid antes, hijos míos, y abrazad á vuestra madre: Ahora á mí. Dios os haga buenos.
No os olvidéis de vuestras oraciones, ni de rogar á Dios por nosotros.
Buenas noches, hijos míos, hasta mañana, si Dios quiere.
¿Qué feliz soy! tengo una mujer amante y virtuosa; tengo hijos obedientes, cariñosos y humildes; tengo salud y fuerzas para trabajar y mantenerlos.
¿Gracias, Dios mio, gracias!

XII.

¿Qué sueño tan tranquilo!
¿Dichoso el que sabe aprovecharse de la vida, para abrirse por medio de la felicidad las puertas de la eterna gloria!

J. M. GUTIERREZ DE ALBA.

Oriental.

A MI QUERIDO AMIGO DON VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

En el oasis de Valata, fresco ramillete que la primavera dejó caer estremecida al pasar el árido desierto.
Rodeado de virginales doncellas y de inocentes pequeñuelos como flor marchita á quien circundan nacientes frescos capullos.
Hay un anciano, que como las flores aroma, y fulgor las estrellas, derrama tesoros de sabiduría.
Su blanca barba se parece á la tierra por otoño cubierta de jazmines.
Sus hundidos ojos á estrellas solitarias en tempestuosa noche.
Y su majestad á la del sol cuando rasga las apretadas nubes.
Si su voz sonora y vibrante toma el acento de la tempestad, embriaga á los guerreros como la sangre al carniceiro tigre.
Si respira melancolía, es como tarde de estío llena de languidez y de dulzura.
Su apacible semblante refleja el brillo de una consoladora esperanza, como las nubes la luz de la luna á la que esconden tras de su gasa, como el mar los rayos del sol antes de que aparezca en el horizonte.
Una tarde, cuando el crepúsculo apagaba la luz del día como las sombras de la muerte las miradas de un moribundo.
Recogido en su interior como las flores que se cierran al venir la noche.
Sintió de repente deleitosísima armonía, y leve como el aliento de un niño surgió del vacío celestial hermosura.
Sus ojos deslumbraban como las arenas del desierto heridas por los rayos del sol.
Su flotante y azul vestidura ondulaba á merced de la brisa como las columnas de polvo que el Simoun arrastra en sus caprichosos giros.
Parecía el sol naciente entre los azulados vapores de la mañana.
«Dios te bendiga, dijo, anciano de la blanca barba.
»Yo soy la huri que al contacto de sus rosados dedos hará revivir tu corazón.
»Mis negros y centelleantes ojos te infundirán un amor inextinguible y voraz.
»Y mis palabras sonarán mas dulces en tus oídos que las campanas del árbol sagrado.
»Oyeme pues, y que mis acentos caigan sobre tí como el rocío sobre la palmera para dar fruto.
»Sal y socorre á quien por su temerario denuedo era estruendosa catarata, y hoy desfallecido y moribundo es como arroyo que se pierde en las arenas.
»El alma es la flor del hombre, la caridad es el perfume del alma.»
Dijo, y la celeste aparición se desvaneció en el aire como un copo de espuma.
Como la mano que sigue el impulso de la voluntad, marchó el anciano, y tendido sobre la candente arena, como flor hollada por el tigre voraz, encontró un apuesto mancebo que en el delirio de la agonía exhalaba gritos de exterminio.

«Mi yatagan despide centellas como los ojos de un soberbio guerrero, y solo se aplaca viéndose tinto en sangre.

»Pero yace abandonado por tierra y servirá de juguete al hambriento león, como el combatiente vencido á los pies de su adversario.

»Salta, yatagan, y como el moribundo antes de expirar reúne fuerzas y hiérole en el corazón.»

Llegó el anciano; vertió sobre el joven refrigerantes espíritus, y la calma, como el sol que ahuyenta los terrores del malvado, descendió á su pecho disipando las imágenes del delirio.

— ¿Quién eres? le preguntó el anciano; ¿eres la mañana que aparece ó la tarde que se apaga?

— Soy muy joven: veinte veces desde que nací han ido las doncellas á recoger la flor primera que se abre al márgen de la fuente.

Veinte veces hemos levantado nuestras movibles tiendas para ir á las orillas del mar huyendo de los rayos del sol.

En la última primavera Kinzuh-Lehmal me miró, y á sus miradas nacieron en mi pecho los amores, como las rosas al halago del lumínar del día.

Kinzuh-Lehmal es hermosa como una alborada.
Sus ojos despiden una luz suave como la estrella que desaparece.

Su boca es un clavel con brillantes perlas de rocío.
Sus negros cabellos reverberan como los mares la luz del sol.

Su hechicero semblante tiene el color del crepúsculo cuando se disipa.

Si danza es como ligera niebla movida por las auras.
Respiraba con su aliento: mis ojos seguían la ondulacion de su blanca vestidura, como la sedienta caravana el paso de la benéfica nube que promete la lluvia esperada.

Una vez me brindó con un beso, y semejante al niño que contempla el mar por vez primera y teme receloso lanzarse á sus saladas ondas, quedé estático y mudo creyendo enloquecer.

La envidia, moho de la felicidad, turbó mi dicha.
¿Quién no llora en el mundo su desgracia? Las flores pierden el aroma que les arrebató el céfiro: la primavera esconde su espléndido manto de verdura cuando llega el invierno: Dios siente su corazón lacerado viendo los protórvos que en el mundo se abrigan.

Arrebatáronme la dicha y dejaron mi pecho como jardín florido despues de una tempestad asoladora.

Al saberlo quedé inmóvil como un torrente detenido: el amor y la ira me hicieron romper los valladares y correr con mis armas y mi caballo en seguimiento de la estrella de mi vida.

El desaliento y la fatiga me han vencido; socórreme, anciano, y alienta mis esperanzas.

— No desmayes, has cedido al rigor de tu desgracia como la palmera al empuje del huracán; levanta tu frente alta para recoger los rayos del sol de la felicidad.

Kinzuh-Lehmal está aquí. Habéis nacido como dos flores en un mismo tallo: yo confundiré la llama de vuestros amores.

El buen anciano cumplió su promesa; los dos amantes reposaron bajo una misma tienda.

LUIS BARTHE.

Curiosidades inglesas.

(Véanse los números 272, 275, 276, 277, 278 y 279.)

UN PASEO POR LA CIUDAD DE LONDRES.

Muchas personas que no han visto Londres se figuran ingenuamente que es una ciudad. El engaño se comprende: dos millones de habitantes repartidos en mas de doscientas mil casas, parece deben formar en efecto una aglomeracion bastante compacta para justificar esa opinion. No obstante, en realidad Londres no es otra cosa que una inmensa colmena; sus casas son las celdillas, y esa poblacion afanada é industriosa es el enjambre de abejas. No imagino nada que pueda dar una idea de la prodigiosa actividad que reina en las doce mil calles, que son como las arterias y las venas de ese cuerpo gigantesco, si no es la boca de un hormiguero en el instante en que un muchacho introduce una paja en las vias de esa ciudad oculta; pero esta imagen es débil aun. Solo el Océano, agitado sin cesar por el movimiento constante y regular del flujo y del reflujo, puede hacer comprender las oscilaciones continuas de esa muchedumbre que corre y se renueva sin intervalos.

Esa actividad extraordinaria es seguramente el indicio de un trabajo general. Sin embargo, calculadores ingeniosos, de esos que pueden impunemente agrupar cifras sin pruebas en su apoyo, no temen afirmar que en Inglaterra solo pueden contarse unos diez millones de individuos consagrados al trabajo; lo que deja suponer una poblacion contemplativa y parásita de unos quince millones.

Por mi parte confieso que me sorprende ese cálculo; yo no he visto ociosos sino por las ventanas del club de la Reforma. No obstante puede ser que la estadística tenga razon, sin que lo parezca; pero aun entre esos parásitos de toda clase y estado, ¿qué movimiento y qué actividad se descubre!

Lo que asombra desde luego al entrar en Londres es la anchura de las calles, el crecido número de squares que son como otros tantos oasis en el laberinto de esas vías babilónicas cuyo fin no se distingue nunca. No puedo considerar sin espanto la insoportable confusión que podría resultar en los radios de la circulación, sin la inteligente previsión que abrió á la actividad inglesa esas vías espaciosas. Otra ciudad estallaría con ese esfuerzo de presión, como una caldera en que se acumula el vapor con exceso.

Londres se aumenta cada día extendiéndose cada vez más. Si volviera al mundo un contemporáneo del reinado de Jorge III, en vano buscaría hoy Primerose-Hill, donde los refinados de la época iban á cruzar los aceros; — Paddington y sus hermosos retiros; — Flington, donde Walter-Raleigh hallaba antiguamente la soledad, y Hampstead, donde los tenderos se paseaban á caballo los domingos.

Todas esas bonitas aldeas y otras muchas se fueron incorporando á la metrópoli. A medida que la población de Londres se aumenta, absorbe algún pueblo como para dar habitación al excedente, sistema que extiende mucho la ciudad. Por eso Londres ofrece la anomalía de una población profundamente distinta en su constitución, sus costumbres y sus instituciones civiles y judiciales. Su territorio comprende la cité de Londres, la de Westminster y diferentes aldeas, como Finsbury, Mary-le-Bone, Southwark, Lambeth, etc. La ciudad está situada sobre tres condados, que son, Surrey, Kent y Middlesex. Su extensión es de unas doce millas del Este al Oeste y de unas siete millas del Norte al Sur, lo que da un espacio superficial de unas treinta y cinco mil hectáreas. Babilonia y Tebas con sus cien puertas; París que parece tan grande, son miniaturas comparadas con ese monstruoso Leviatán.

La inmensidad tiene algo de sombrío; Londres con su prodigioso desarrollo me entristece, y nunca he visto á un viajero que haya traído de Londres una impresión agradable. No acuso de esto á los ingleses; ciertamente no hay en el mundo un pueblo más cuidadoso que el inglés de agradar á los extranjeros, y estoy bien persuadido de que siente no haber podido transportar aun el cielo de la India á las orillas del Támesis.

Tratemos al menos de formarnos alguna idea precisa de semejante ciudad, y para eso daremos por ella un rápido paseo. — Hemos aquí en Hyde-Park: habría podido edificarse una ciudad de segundo orden en el terreno ocupado por Hyde-Park y los deliciosos jardines de Kensington; pero la magnificencia inglesa ha preferido destinar al recreo esos hermosos céspedes, esas sombras y esas grandes alamedas.

A la derecha de Hyde-Park, mirando hacia el Este, tenemos Belgrave-Square, barrio aristocrático donde la riqueza y el refinamiento han realizado á beneficio de los señores sajones todos los milagros de lujo y de profusión de la vida asiática. En el ángulo del paseo que toca á Picadilly, vemos Apsley-House, palacio del duque de Wellington. Estando en vida este señor, sucedió que una vez el pueblo amotinado tiró algunas pedradas á los balcones de Su Gracia; las ventanas se cerraron entonces para siempre, pues dijo el duque que no quería componer sus cristales á cada motín que hubiese en Londres.

Nos hallamos aquí en medio de los recuerdos de la gloria militar del héroe de Waterloo. El arco de triunfo levantado enfrente de Apsley-House es un monumento de las hazañas del noble duque. No podemos dejar de mencionar el Aquiles elevado en Hyde-Park por la admiración de las damas inglesas al gran capitán inglés, estatua colosal en la postura de un gladiador, y que el artista no cubrió con el menor vestido, faltando sin duda á la intención de las fundadoras.

Picadilly fué en otro tiempo el centro del comercio de la mo-

da; hoy su antiguo esplendor está un poco eclipsado, y su clientela ha pasado á las brillantes tiendas de Regent-Street.

Llegamos por Hay-Market á Trafalgar-Square. Era im-

te. Nelson es una de las glorias populares de la Inglaterra.

Mucho tiempo y mucho espacio se necesitaría para nombrar todos esos campanarios que descubrimos en la media tinta de una atmósfera fuliginosa. Detengámonos únicamente en Westminster-Abbey, admirable monumento de un gótico antiguo, en cuya presencia la imitación del nuevo Parlamento que tiene en frente, es una taracea fría y pretenciosa.

Volvamos á Trafalgar-Square, donde la Galería Nacional llama la atención de los aficionados á pinturas. Son pocos numerosos los cuadros de los grandes maestros de la escuela italiana y holandesa, pero en cambio hay algunos lienzos de Reynolds, de West, de Hogarth, de Gaintbonengh y de Wilkie.

Bajo el punto de vista monumental, Londres no presenta un interés extraordinario. Nos hallamos en una ciudad de origen moderno; la mayor parte de los monumentos antiguos desapareció en el incendio de 1666. El estilo gótico y tudor, empleado hasta la saciedad, no ha logrado envejecer á Londres, que permanece joven á pesar de sus arquitectos. Además, el genio inglés se ocupa demasiado en los negocios para que pueda consagrar la mayor atención á los verdaderos intereses del arte.

Sin embargo, parece está próximo el tiempo en que la Inglaterra ha de salir de esa indiferencia, y el progreso se anuncia por la impaciencia de engrandecer que demuestran los arquitectos ingleses. No se puede dudar de que con los medios de emulación de que la Inglaterra dispone, las artes no reciban allí un impulso poderoso, y no lleguen con prontitud á su apogeo.

Para el que le gusten los tipos originales Londres es la ciudad por excelencia. Vamos un rato de observación por las calles y las plazas públicas. Hémos aquí precisamente á la salida de la Galería Nacional, al extremo de Pall-Mall. Ved ese grupo que se forma, se disuelve y se reúne de nuevo en torno de ese hombre que está de pie junto á una pajarera: son curiosos que nunca faltan en Londres para ese espectáculo. El empresario de esa diversión ha conseguido poner en una misma jaula y someter á las leyes de un compañerismo amistoso, una porción de animales que por naturaleza son enemigos declarados. Nada más bonito que esa fraternidad, y no sin razón llaman todo eso una familia dichosa. Ese género de exhibición, que data de tiempo inmemorial, excita siempre la misma sorpresa.

El Strand os reserva observaciones no menos curiosas. Aquí estamos en el foco de esa actividad de que hablaba más arriba. Todos esos hombres vestidos de frac negro que van andando con un paso solemne, son comerciantes que la sed del oro — *auri sacra fames* — arrancó por la mañana del seno de sus familias, y que marchan á la Cité donde explotan en un cuarto de algunos pies cuadrados un comercio que abraza las cuatro partes del mundo. El comerciante inglés no quiere aglomeraciones de mercancías en su casa; las deposita en los docks y negocia sobre papel. No es la prontitud de los cambios el único medio de proceder; las relaciones sociales ganan con él mucho, y no se ven de esos negociantes que trafican con mercaderías nauseabundas, llevando á los círculos olores inverosímiles.

Fleet-Street, que continúa el Strand, presenta igual animación y movimiento. Aquí se pueden estudiar á gusto los recursos inagotables que el genio del lucro pone en manos de un inglés para vulgarizar la mercancía anunciándola. — Pero ya en otro artículo sobre la publicidad inglesa se han dado minuciosos pormenores sobre los anuncios en Inglaterra, y no insistiremos en este punto.

Después de haber pasado San Pablo y Mansion-House, la vivienda del lord corregidor, un mercader de la Cité que en virtud



[Invalído de Chelsea. — Dibujo de Gavarni.]

posible que a este nombre no correspondiera naturalmente la estatua de Nelson; con efecto, está inscrito en esa columna que corona la estatua del célebre almiran-

to á una pajarera: son curiosos que nunca faltan en Londres para ese espectáculo. El empresario de esa diversión ha conseguido poner en una misma jaula y someter á las leyes de un compañerismo amistoso, una porción de animales que por naturaleza son enemigos declarados. Nada más bonito que esa fraternidad, y no sin razón llaman todo eso una familia dichosa. Ese género de exhibición, que data de tiempo inmemorial, excita siempre la misma sorpresa.



[Highlander escocés. — Dibujo de Gavarni.]

de una constitucion singular tiene prerogativas régias; despues de haber saludado al paso el Banco y el Stock-Exchange, esos dos grandes templos de la Fortuna británica, nos encontramos tambien con la misma afluencia, pero ya ha variado su aspecto.

Hemos visitado hasta ahora los barrios ricos y florecientes; aquí principia como un nuevo mundo.

Solo por casualidad encontraremos en el barrio del Mint y de White-Chapel esas caras rubias y rosadas que tienen siempre como una sonrisa aun en medio de su impassibilidad inalterable, ni esos fracs negros que son como muestras de honradez, de prudencia y de orden; sino que veremos rostros macilentos y ajados por el hambre y la licencia y harapos indescriptibles.

Nada recuerda aquí los esplendores de la parte de Lóndres que dejamos. Hemos admirado ya esas casas bonitas aunque un poco sombrías, casi todas precedidas de una verja, á cuyo umbral aparece una jóven viva y risueña en cuanto el aldabon anuncia una visita. En muchas algunos arbustos alegrán la fachada un poco monótona. Pero en este barrio no hay verdura ni fisonomías despiertas, no hay mas que miseria; la horrible miseria se alza ante esas guaridas donde la desesperacion lucha y se reuerce.

Hemos visto ahí esqueletos humanos que nos parecían ya sin el sentimiento de la vida, y que con solo la vista de una copa de gin resucitaban como por encanto. La incontinenencia es seguramente una de las causas mas activas del pauperismo en la Gran Bretaña; pero apartemos los ojos de tan espantosa pintura.

Llegamos al barrio de los Docks, es decir, al centro de la riqueza comercial de Lóndres. El aficionado á escenas pintorescas no podrá hallar una mas grandiosa que la que ofrece el Támesis desde el puente de Lóndres hasta Wolwich.

El rio se halla cubierto de palos de buques; Venecia en la época en que era reina del mar, cuando á

sus flotas numerosas se reunian los buques del mundo entero, Venecia no presentó nunca un espectáculo mas

Wolwich y Greenwich son dos puntos que no puede omitir el extranjero: Wolwich con su arsenal da una idea del poderío marítimo de la Gran Bretaña; Greenwich trae á la memoria las épocas mas gloriosas de ese poderío por los recuerdos que tienen relacion con el hospital de los inválidos de la marina.

Además, en este último punto hay uno de los parques mas bien provistos y mas hermosos que pueden verse.

Acabamos de tocar á la última parada de nuestra excursion por la ciudad de Lóndres.

Volúmenes enteros se necesitarían para llenar los vacíos que existen entre los diversos puntos ó señales que hemos plantado en el plano de Lóndres.

Se puede afirmar sin temor de equivocarse, que ni aun los mismos ingleses conocen bien su metrópoli: hay muchos puntos oscuros en esa gigantesca sociedad que nunca han sido estudiados.

No hace mucho tiempo existia en el centro de Lóndres una cloaca inmunda con el nombre de San Gil.

Un dia la comision para las mejoras de la ciudad, considerando que ese barrio perjudicaba por su proximidad los barrios industriales del centro, opinó que debía desaparecer, y así sucedió efectivamente.

Un barrio enteramente nuevo, sano y hermoso reemplazó el antiguo; esto ya es algo, pero aquella poblacion no ha emigrado, sino que se ha dispersado por las calles lejanas de Lóndres.

Un extranjero debe tomar un cicerrone si quiere ver todo lo que encierra Lóndres.

La prensa convida á los curiosos á las carreras de New-Market, á las representaciones escénicas, á todas las fiestas de la metrópoli; pero no se halla en todo esto el único interés que presenta la gran ciudad; lo que mas choca es el contraste profundo é instructivo de esa opulencia fastuosa y de esa miseria repugnante que dan á Lóndres una fisonomía única en el mundo.



El lechero. — Dibujo de Tomas.



La naranjera. — Dibujo de Gavarni.



El repartidor de anuncios. — Dibujo de Tomas.

Revista de Paris.

Un observador curioso, hombre de mundo introducido en los primeros salones de Paris, ha recogido una serie de anécdotas concernientes á los teatros, los cómicos y las cómicas de sociedad, altamente interesantes. En el día se ocupa en ordenarlas para hacer con ellas una obra que dará á luz bajo este título: «Crónica dramática del mundo parisiense durante los tres últimos inviernos.» En este libro se hallarán los retratos de muchas personas que la crónica no se atreve jamás á nombrar, y que figuran en las altas sociedades como tipos característicos de pretensiones artísticas, de coquetería y otras vanidades que corren por el mundo. Se hallará, verbigracia, el de la baronesa R..., señora de mas de cincuenta años, que se distingue por su empeño en no tomar otros papeles que los de dama joven, y que demuestra esta aspiración hácia una eterna juventud, no solo en la escena, sino en la vida ordinaria. Tiene un hijo casado hace diez años, que la envejecería si le vieses á su lado, y que por este motivo ha sabido alejarle obteniendo para él un puesto diplomático en el extranjero. Según la edad que ella confiesa, sería mas joven que su hijo. Todos la reconocen mucho talento para la comedia casera, pero ella le destruye desempeñando papeles de niña que contrastan con su figura y con su aire de matrona, á pesar de su arte consumado en el vestir y en la aplicación del colorete.

El teatro de sociedad se hallaba ya muy á la moda en Francia en el siglo último, y su boga actual es una repetición de lo pasado, pero que excede en mucho á lo que antes sucedió, pues en nuestra época las cosas han de ser siempre exageradas. Representaron comedias en tres ó cuatro salones; hablaron las crónicas, y al punto trescientas ó cuatrocientas casas quisieron tener un teatro, y comenzó el reclutamiento de actores. Se oyeron elogios de un aficionado, se ponderaron los talentos de tal ó cual señora, y en seguida se presentaron á montones los aficionados solicitando alabanzas análogas, y todas las señoras se creen con recursos suficientes para brillar en la comedia.

De todo esto trata largamente el manuscrito inédito á que nos referimos, y del cual vamos á tomar íntegra la siguiente anécdota:

Un vizconde de cuarenta y cinco años, robusto y canoso, no trabaja nunca en comedias caseras, pero en cambio alimenta grandes pretensiones al baile y las sostiene contra todo el mundo. Es su manía. Se cree tan ligero como cuando salió del colegio, á pesar de su robustez bien pronunciada, y orgulloso en poseer las tradiciones de la buena escuela, se atreve con los pasos mas escabrosos y difíciles. Cuando baila toma posturas graciosas y rebuscadas, da vueltecitas y hace mil cabriolas, sin reconocer cuál es el carácter de la diversion que ofrece á sus espectadores.

Al ver la introducción del arte dramático en los salones parisienses, hubo de notar con amargura que se iban á disminuir mucho el número de los bailes en el dominio de la elegancia.

— Ya que no tiene remedio, propongamos una innovación, se dijo una vez nuestro bailarín.

Y efectivamente, dirigiéndose á una señora en cuya casa se preparaba una comedia casera, hizo esta reflexión justísima:

— Habiendo entrado la moda de las funciones teatrales, ¿porqué no se han de amenizar con todos los géneros que el arte reconoce?

— ¿Qué nos falta pues? preguntó la dama.

— Faltan los bailes con trajes y decoraciones como en la Opera.

— Muy bien; si yo diera uno ¿se encargaría Vd. del papel principal? preguntó la señora.

— Seguramente.

Le cogieron la palabra. Quedó convenido que la función se compondría de dos piececitas en un acto, entre las cuales se ejecutaría un baile titulado: «Flora y Zéfiro.»

El vizconde rebosando de júbilo se apoderó del papel de Zéfiro sin acordarse de lo abultado de su cintura ni del peso de sus años. Los demás papeles fueron repartidos entre varias personas de la sociedad que quisieron encargarse de ellos; un maestro de baile debía arreglar los pasos y dirigir los ensayos.

Solicito y ardiente el vizconde estudiaba sin cesar; los demás personajes descuidaban un poco los ensayos, pero él no perdía ninguno, y tomaba las lecciones del maestro con una afección extraordinaria.

Llegó la noche de la representación.

A cosa de las ocho el vizconde escoltado de su peluquero y del sastre entró en el cuartito que le habían destinado.

— ¿Adónde están ahora? preguntó.

— Van á comenzar la primera pieza.

— ¿Tan pronto? No le hace; tengo tiempo para vestirme.

— ¡Oh! sí, lo menos hora y media.

— Muy bien, muy bien; ¿los nuestros están ahí? ¿no falta ningún artista de los del baile?

— Ninguno.

— Perfectamente. Es preciso que Flora se vista con gusto; es mujer bonita y alcanzará un triunfo señalado.

Y mientras pronunciaba estas palabras con tono muy solemne, se habia entregado á los operadores que debían metamorfosearle en Zéfiro.

La operación ejecutada con un cuidado minucioso y una lentitud calculada, se prolongó todo el tiempo que duró la primera comedia. La metamorfosis no estaba terminada aun cuando entraron á decirle que los convidados se cansaban de esperar, y que se iba á levantar el telón para el baile.

— Que se levante, no me falta mas que el colorete.

Dos minutos despues el vizconde se lanzaba sobre la escena, y su entrada, como él lo habia previsto, fué saludada con aplausos estrepitosos.

Llevaba el traje clásico del Zéfiro teatral; el calzon color de carne ajustado y la túnica de gasa; una cinta de color de

rosa ceñía los bucles de su cabellera rubia y dos alitas cortas palpitaban sobre sus hombros.

Estaba soberbio, admirable.

Embragado con tan buena acogida Zéfiro baila su paso de salida, revolotea de flor en flor con los brazos en rosca, da brinquetes graciosos cruzando varias veces los piés en el aire, y concluye con las piruetas mas arriesgadas.

Al terminar Zéfiro espera á Flora que permanece invisible. Vuelve sus ojos inquietos hácia el lado por donde debe presentarse, y por fin atraviesa la escena saltando y acercándose al bastidor llama á la bailarina en voz baja.

— Se está concluyendo de vestir, le responden; repita Vd. su paso para darla tiempo.

El público se reía y gritaba pidiendo la repetición de aquellos primores coreográficos. Zéfiro, aunque sofocado hasta el extremo, se rinde á tan lisonjera invitación y ejecuta otra vez el paso, que acaba con grandes esfuerzos... pero su compañera sigue ausente. Por fin, acercándose á las candelillas para saludar á los espectadores que le aplauden con delirio, se queda atónito al distinguir á la reina de las flores que se hallaba entre la concurrencia, vestida como una simple mortal, y que se habia levantado para contribuir á la ovación arrojándole su ramillete.

Entonces conoció la broma; no habia semejante baile: imaginaron todo aquello, hicieron simulacros de ensayos para ver al vizconde vestido de Zéfiro, y el pobre vizconde habia caído en el garlito.

Los bailarines quieren que les tomen por hombres serios, no les gustan las burlas, y nuestro vizconde muy incomodado se arrancó las alas, se fué á cubrir con su paletó y se volvió á su casa, furioso por el chasco, pero satisfecho de la manera con que habia bailado su paso.

Los periódicos de esta semana traen pormenores circunstanciados sobre la almoneda de los objetos que pertenecieron á Rachel, y que ha sido en estos últimos días el asunto principal de todas las conversaciones. Vamos á señalar algunos de los artículos mas notables.

Entre las porcelanas una taza que habia pertenecido á la célebre Clairon, fué vendida por 150 fr.

Un servicio de café de la fábrica de Sevres, con retratos de artistas ilustres, Rafael, Miguel Angel, Rubens, Rembrandt, el Ticiano, etc.; 400 fr.

Un abanico guarnecido de pedrerías; 600 fr.

Dos candeleros de malaquita; 300 fr.

Una pluma de malaquita guarnecida de plata sobredorada; 180 fr.

Un cofrecillo de malaquita; 2,500 fr.

Dos esmaltes representando á Corneille y Racine; 600 fr.

Un reloj de cobre del año 1571 con retratos grabados, que perteneció á la emperatriz Elisabeth de Rusia, fué comprado en 505 fr. por un miembro de la legación rusa.

Dos hermosas copas rusas de plata cincelada con inscripción, regaladas á Rachel por la juventud moscovita en 1834; 1,200 fr.

Otra copa de plata cincelada con medallones representando Apolo y las Musas; 1,050 fr.

Un mármol de tocador en esmalte de la China; 1,200 fr.

Las piezas grandes de plata se vendieron perfectamente; por punto general fueron pagadas el doble de su valor intrínseco.

Rachel hizo un viaje á Rusia en 1853 con un ajuste soberbio. En cuanto llegó al país entonces enemigo de la Francia, los señores mas encumbrados de San Petersburgo y de Moscú olvidan la guerra comenzada ya por admirar el talento de la actriz francesa. En 1834 todos los nobles boyardos de Moscú ofrecieron sus palacios á Melpómene, que eligió el del príncipe Gortschakoff, suntuosamente preparado para recibirla, con una servidumbre numerosa, caballos, coches, en suma, todas las opulencias imaginables.

Al salir de Moscú el príncipe Gortschakoff para manifestarla su gratitud porque se habia dignado aceptar su hospitalidad, le regaló un magnífico neceser de viaje con todas las piezas de plata labrada. Cada pieza representaba escenas de la vida íntima rusa, vistas de ciudades y de monumentos. En la tapa habia una placa que figuraba el palacio habitado por Rachel en Moscú con esta inscripción debajo:

PALACIO RACHEL. — Moscú 1834.

Este neceser se vendió en 2,775 fr.

Las alhajas principales fueron compradas por lord Hertford, la baronesa de Rothschild, el conde de Estampes, la princesa Potocka, etc. Entre estas joyas habia preciosidades regaladas á Rachel por el emperador Nicolás, la reina Victoria, Napoleón III, príncipes y altos señores de diversos países.

Tenemos que hacer una rectificación relativamente á la famosa guitarra. Con efecto, el número 261 del catálogo era una guitarra, y á continuación de este número se leía la nota siguiente:

«Esta guitarra, que ha llegado á ser un objeto histórico, es aquella con que se acompañaba Elisa Félix cuando no era aun la eminente trágica Rachel.»

Tres personajes muy ricos codiciaban esta reliquia.

El primero era lord N..., uno de los mas opulentos hacendados de la Gran Bretaña, el mismo que hace algunos años ofreció por ella á Rachel 25,000 fr.

El segundo era el príncipe de P..., joven perteneciente á una de las familias mas ricas é ilustres de la Rusia, hijo político de un ministro de fama.

El último era un apoderado de una soberana extranjera; pero ya se sabia de antemano que no seria para él.

El príncipe de P... se hallaba decidido á disputársela á lord N..., y este que se encontraba siempre dispuesto á comprarla por 25,000 francos, habria añadido 25,000 pesos con tal de arrebatársela á su competidor.

La guitarra iba á obtener pues un precio fabuloso, y la concurrencia esperaba con ansiedad las peripecias de su remate.

Pero ¡ay! en el momento en que la colocaron sobre la me-

sa, M. Hayaux de Tilly que dirigía la venta, se levantó diciendo que la guitarra allí presente no era la famosa guitarra, que él engañado en un principio, habia mandado extender la nota del catálogo, pero que mejor informado luego habia adquirido la certidumbre de que no era aquella la guitarra histórica.

Grande fué la contrariedad del público y sobre todo de los campeones.

Así concluye la leyenda de la guitarra. Aquella que allí se sacó se vendió por unos cuantos francos.

La venta ha producido unos 350,000 francos. Ahora solo queda la casa tasada en 120,000, que se rematará en la semana próxima.

MARIANO URRABIETA.

LITERATURA.

CORONA POÉTICA DEDICADA A FRAY LUIS DE LEÓN.

Tardío parecerá este trabajo, pero para honrar al genio y la virtud siempre es tiempo oportuno; lo verdadero, lo bueno y lo bello tienen el privilegio de la inmortalidad como destellos que son de las perfecciones infinitas del Creador.

Al ocuparnos de esta corona poética tres objetos principales llevamos; propagar mas y mas el renombre de gran poeta á quien está consagrada; vindicar á Salamanca y su egregia universidad del injusto desden con que muchos no se avergüenzan de mirarla; y por último dar alguna ligera noticia de los jóvenes poetas que en el día representan y están destinados á prolongar en la historia la escuela lírica Salmantina que desarrollándose paralelamente y en recíproco comercio con la Sevillana, aunque con diferente espíritu, produjo los bellos y sublimes cantos de Encina, el Brocense, Góngora de Leon, La Torre, Cadalso, Melendez, Iglesias, Gonzalez, Sanchez, Barbero, Somoza, Cienfuegos, Quintana y Gallego. Esos tres fines los llenaremos de una vez y simultáneamente, porque en los unos van embebidos los otros como círculos concéntricos.

Empieza la Corona poética con una breve, pero jugosa introducción debida á la pluma del distinguido publicista don Alvaro Gil Sanz, que como todo lo suyo, llama la atención por lo elevado de los conceptos, el nervio y sostenida gallardía del estilo, corrección, pureza y elegancia del lenguaje; todas estas cualidades, el asunto y sus cortas dimensiones nos impelen á transcribirla íntegra, lo cual creemos será del agrado de nuestros lectores.

«El nombre de Fray Luis de Leon fué pronunciado siempre con respeto por cuantos admiran las joyas de nuestra literatura; pero en ninguna parte obtuvo mayor culto que en Salamanca, ciudad que conservó en todo tiempo viva la memoria del venerable agustino. La traslación de sus cenizas, tantos años perdidas entre las ruinas que el tiempo y la furia de los hombres amontonaron, ha sido una solemnidad popular: y los que nacidos y educados en la patria adoptiva del poeta estudiaron en sus obras los ejemplos del buen gusto, aspiran á festejar aquel suceso con la humilde ofrenda de sus versos, medalla acuñada en el troquel del alma, mas duradera que las abiertas en oro, cuando los versos son dignos por su elevación y nobleza.

» Y no es solo un tributo del entusiasmo; es además una protesta contra la exagerada inclinación materialista del mundo.

» Por desgracia es cierto que la indiferencia hácia lo grande y bello espiritual va ganando terreno, como una ola devastadora. El siglo pasado con su filosofía revolucionaria, era tal vez descreído; pero hizo grandes esfuerzos de inteligencia y de generoso entusiasmo; el indiferentismo que hoy deploramos, es inferior á la negación y á la duda, porque consiste en el marasmo del alma, y produce la nada infecunda y nebulosa. Protesta y remedio á un tiempo contra esa enfermedad son las recompensas que nunca deja de otorgar el porvenir, aunque las niegue el tiempo presente. Parece que la Providencia procura demostrar de ese modo que para llegar á una dicha verdadera y á una gloria inmarcesible, es preciso atravesar antes los desiertos de la tumba.

» ¡Y si solo el olvido fuese el premio que durante su vida reciben los grandes poetas! Pero ellos tambien se ciñen, antes que la corona de laurel, una corona de espinas. El genio es Homero, ciego cantor que mendiga por las ciudades de Grecia; es Dante, que en los tormentos de la persecución medita su fantástico viaje; es Taso, el pobre loco, que muere consumido por su propio corazón; es Camoens, que pasea por los mares su infortunio, y vuelve á recibir en su patria la caridad de un lecho donde dejar la vida; es Cervantes, el inválido de Lepanto, que expira en la indigencia; es Fray Luis de Leon, que en el horror de los calabozos sueña con la luz del sol, con el suave murmullo de las fuentes, con su campestre retiro, con la paz ignorada que le permitiera gozar en los deleites del campo, en la soledad de sus pensamientos, y con sus pensamientos en Dios, una vida ni envidiada ni envidiosa.

» ¿Quién, al leer aquellas odas, llenas de gravedad filosófica y cuyo estilo se desliza como las aguas de un río que corre tranquilo por esmaltadas praderas, no ha sentido purificada su alma? ¿Quién no ha echado de menos, con melancólico presentimiento, el sosiego del espíritu que exhalan los versos del cantor de la «Noche serena?» Pero ¡ay! aquellas imágenes apacibles, aquel ansia por la libre soledad del campo... todo ello fué concebido en los fúnebres recintos de la Inquisición.

De allí, con el desengaño de los hombres, pero sin la funesta amargura que destilan las obras de Byron y Espronceda, salió Fray Luis de Leon para aspirar su tierna poesía en el huerto *á la ladera del monte*, y en la isleta del Tormes, el río cuya fama eternizaron Melendez, Cienfuegos, Jovellanos, Iglesias;... ¡digno es de observarse este contraste!

» Al tributo que el pueblo salmantino ha prestado á la memoria del poeta, añádase el que aquí ofrece el entusiasmo de los aficionados á la poesía. ¡Ojalá que sirva de estímulo, y fomento el número de los que hayan heredado algo de su genio! El amor á tal linaje de gloria no debe confundirse con la vanidad y el orgullo. Pues qué, ¿merecería la vida el trabajo de llevarla, si no flotase la eternidad al otro lado del sepulcro? ¿Merecería la ciencia el trabajo de adquirirla, si no percibiésemos, á lo lejos siquiera, el galardón de la gratitud y el aplauso?»

Sigue á este bello artículo otro mas extenso y no menos bien trabajado, de autor anónimo, en el cual despues de narrar la vida y juzgar con sana crítica las obras de FRAY LUIS DE LEON, se dice el feliz hallazgo de sus venerandas cenizas y se bosquejan los obsequios que con este motivo tributó á su memoria el pueblo salmantino. Como tales noticias tienen un interés superior á las circunstancias del momento y que sin duda crecerá con el trascurso del tiempo, y como por otra parte la circulacion de esta *Corona* ha sido escasísima, conveniente será extractar algunos párrafos. Despues de narrar la muerte de Fray Luis de Leon en Madrigal, dice:

«Fué traído el cuerpo á su convento de Salamanca y enterrado en el claustro, junto al altar de Nuestra Señora de Pópulo, en el ángulo llamado de *los Santos*, por hallarse sepultados en él varios varones de la orden, célebres por su saber y virtudes; siendo tan venerado por esta circunstancia aquel sitio, que estaba prohibido á los religiosos pasar por él, bajo severas penas.

» Durante la guerra de la Independencia los franceses volaron el convento, permaneciendo desde entonces entre los escombros el sepulcro del ilustre poeta, y habiendo desaparecido despues las dos lápidas que tuvo, hasta que la celosa *Comision provincial de monumentos históricos y artísticos* dió principio á las excavaciones el 3 de marzo del presente año 1856, y el 13 del mismo tuvo la gloria de hallar los esclarecidos restos del inmortal cantor de *la vida del campo*.

» Estos preciosos restos, colocados en un cajon provisional, se depositaron en seguida en el inmediato colegio de la Magdalena, donde la universidad está formando una nueva biblioteca. Allí permanecieron hasta el día 18, en que puestos en una sencilla, pero elegante urna de zinc y madera, forrada de terciopelo, se llevaron por la misma comision de monumentos al cuarto llamado de *San Juan de Sahagun* en el magnífico colegio mayor de San Bartolomé, donde permanecieron mientras se preparaban las solemnes exequias. En estos pocos dias fué indecible el entusiasmo que animó á la siempre culta Salamanca. Las autoridades todas, la comision de monumentos, la juventud, el pueblo mismo, nunca indiferente cuando se trata de honrar al genio, todos rivalizaron á porfia en preparar la nueva pomposa ceremonia. El M. I. Ayuntamiento constitucional, á petición de algunos de los que suscriben esta corona y de otros jóvenes de la poblacion, acordó por unanimidad dar el nombre de FRAY LUIS DE LEON á la plazuela donde estuvo el convento, como lo dió hace algunos años á la calle donde vivió el inmortal Doyagüe, cuyos acuerdos merecieron sinceros aplausos de todo el vecindario.

» Pero amaneció por fin el deseado 28 de marzo, y á la hora marcada en el ceremonial, precedida de un piquete de caballería de la milicia nacional y de los maceros del ayuntamiento y de la universidad, salió de las Casas consistoriales la extensa solemne comitiva, compuesta de todas las autoridades y corporaciones, empleados, jefes y oficiales del ejército y milicia, colegio de nobles Irlandeses, escritores salmantinos, grandes y títulos de Castilla, comisiones de la universidad y de monumentos y multitud de otras personas distinguidas, presididos todos por el señor gobernador de la provincia. Cerraba la marcha una compañía de la milicia con la música á la cabeza. A pesar de lo lluvioso de la tarde y de ser día de trabajo, las calles y balcones se veían poblados de gente; las campanas doblaban en fúnebres clamores y el pueblo asistía con religioso silencio á presenciar tan merecida como entre nosotros inusitada solemnidad. Llegados á la catedral y recibidos por el cabildo, pasaron al sitio preparado al efecto. Veíase ya la urna descollar bajo los arcos del templete de un elegante y bien iluminado catafalco, y sobre ella las insignias doctorales, una corona de laurel, un tintero y el manuscrito original de *La Exposicion del libro de Job*. Ya aguardaba en el presbiterio para oficiar el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, y las extensas naves de la inmensa basilica apenas podían contener á la multitud que se apiñaba. Cantóse á toda orquesta una gran Vigilia del maestro Doyagüe, salmantino, y despues de los responsos, emprendió la marcha la comitiva con direccion á la Universidad.

» Llevaban las andas en que iba la urna cuatro estudiantes de Jurisprudencia y Medicina, que con calor se disputaron esta honra, y las cuatro cintas uno de los alcaldes, un diputado provincial, un catedrático y un individuo de la comision de monumentos. El cabildo iba tambien en cuerpo con cruz alta y presidido por el Excmo. Prelado. El pueblo salmantino, con esa espiri-

tualidad que distingue aun á sus clases mas ínfimas, comprendía y apreciaba la significacion de esta ceremonia, mezcla de convoy fúnebre y de paseo triunfal, y corría presuroso para no perder ni el menor accidente de la funcion. Nada mas digno, sorprendente y grandioso que la entrada por la puerta principal de la Universidad. El fúnebre tañido de las campanas, la tibia luz de la tarde que espiraba, el resplandor de los blasones, los ecos de la música que los oídos cautivaban, el misterio de aquellos claustros venerandos que cubrían antiguos tapices, el inmenso pueblo que se agolpaba, y los catedráticos, doctores y escolares formados en el vestíbulo en dos alas y con hachas encendidas, todo esto daba á la entrada de aquellos restos queridos un aparato y una pompa, llenos de dulce embriagadora poesía. Allí cuatro catedráticos tomaron la urna y la condujeron á la suntuosa capilla del establecimiento, donde con toda solemnidad se cantó el último responso. Acto continuo se leyeron las actas de exhumacion de los restos y entrega á la Universidad, y dadas las llaves de la urna al gobernador y al rector, quedaron las preciosas cenizas del eminente lirico decorosamente colocadas en el presbiterio de aquel templo, hasta que el gobierno ó la universidad erijan digno y conveniente sepulcro.

» Así terminó aquella suntuosa ceremonia, que será eterna en los fastos de Salamanca, é inolvidable en la memoria de sus hijos. A los pocos dias se abrió una suscripcion privada para costear los gastos de impresion de la presente corona, y todas las clases contribuyeron á este laudable objeto con la mayor espontaneidad. Ya está esculpida, y se colocará muy en breve una lujosa lápida, con letras de oro en lema de «PLAZUELA DE FRAY LUIS DE LEON,» dentro de una preciosa corona de laurel; y el ayuntamiento proyecta además convertir aquel sitio, hoy lleno de restos de ruinas y de informes escombros, en un bello paseito con un monumento en el centro, que perpetúe la memoria de FRAY LUIS DE LEON.

» La celosa comision de monumentos, por su parte, ha publicado tambien sus trabajos, incluyendo un plano del ex-convento y un diseño de los restos, como estaban en el acto de la invencion.

» De este modo sabe corresponder Salamanca, la culta, la noble y calumniada Salamanca, á la merecida celebridad que goza en el mundo de la inteligencia. La apoteosis de FRAY LUIS DE LEON es el último testimonio que acaba de dar al mundo de cómo sabe enaltecer la memoria de sus hijos propios y adoptivos. La mas perjudicada de todas las ciudades españolas por las reformas universitarias de nuestro siglo, la menos favorecida siempre por el gobierno en otras medidas administrativas, ha dado un solemne mentís á sus destructores, honrando la memoria del sabio cuanto modesto autor de la *Perfecta Casada* y de la *Noche Serena*, gloria y prez de la literatura nacional. En vez de orgullosas pirámides y marmóreos sepulcros, que su pobreza no le permite levantar, erige esta corona, que simboliza y resume los nobles sentimientos de sus hijos y el proverbial espiritualismo que le distingue.

Llegamos á la parte que verdaderamente constituye la *Corona poética*.

La primera composicion que se ofrece á nuestra vista lleva la firma de don Manuel Villar y Macías, poeta genial, de estro arrebatado y viva fantasía. En 1852 aparecieron (aunque impresos sin su auencia, y por lo mismo menos correctos de lo que debieran) los *Ecos del arpa*, coleccion de sus cantos juveniles en que resplandecen altas perfecciones juntas con no pequeños defectos, hijos de la inexperiencia. Imaginacion ardiente, sentimiento profundo, figuras brillantes, versificacion rotunda y numerosa, se encuentran en todas; regularidad de plan, limpieza y sobriedad de estilo y frase propia y castiza, no en tantas. Trata de hacer una segunda edicion en que, corrigiendo muchas, suprimiendo algunas y añadiendo otras nuevas, aparecerá indisputablemente á la altura de nuestros primeros líricos contemporáneos, como el mas digno representante de la escuela salmantina en la segunda mitad del siglo diez y nueve. La feliz coincidencia de esta publicacion con la tambien anunciada de las composiciones de don Narciso Campillo, eminente poeta en quien parecen reunirse todas las grandes dotes de los preclaros vates sevillanos, nos ha sugerido la idea de examinarlas comparativamente; considerándolas en sí y con relacion á sus respectivos precedentes locales, para ver hasta qué punto, en medio del desbordamiento romántico, ha prevalecido el influjo de las tradiciones clásicas, y se ha conservado, en uno y otro punto, en uno y otro escritor, el sentido y carácter histórico de cada escuela, armonizado con su sentido y carácter personal; estudio curioso é interesante, mas que hábil y docta nuestra pluma para trazarle cumplidamente, al cual, no obstante, en su dia nos consagraremos. Prosigamos, entre tanto, con el señor Villar y Macías. Sus primeros extravíos procedieron del exagerado romanticismo que entonces dominaba, autorizado por hombres de genio y por obras colosales en que son mas disimulables los descuidos y faltas de estilo y lenguaje, pues prendas de otro mas subido género las compensan con usura, mientras que en composiciones cortas cualquier lunar desplace, cualquier disonancia hiere: el romanticismo puro y neto, sin levadura clásica, solo es aceptable en genios épicos como los autores de *el Moro exposito*, de *el Diablo mundo*, de *los Cantos del Trovador* ó de *el Proscrito*: los demás, si quieren que sus obras vivan, necesitan buscar en las perfecciones del estilo parte de la inmortalidad.

Así lo comprendió el señor V. y Macías, que avivado

por su amor á las glorias de la escuela salmantina, dió al estudio de los modelos de nuestro siglo de oro y de otros modernos á ellos comparables, cobrando especialísima aficion á las obras del señor Gallego cuya forma de expresion es de una belleza insuperable, por cuyo cambio de rumbo vino á colocarse en un razonable término medio, tan distante de las aberraciones románticas como del amaneramiento clásico, cual siempre lo hicieron, razon habida de tiempos y circunstancias, los poetas salmantinos. De modo, que mientras por sus *Fantasias* y sus *Leyendas* se enlaza con Zorrilla, á quien iguala en muchas buenas cualidades; por sus elegías, sus anacreónticas y sus odas religiosas se da la mano con Melendez, poeta en quien la filosofía platónica tuvo glorioso intérprete; pero en uno y otro caso con espontaneidad y libre musa; siendo enteramente original, *sui generis*, exento de toda reminiscencia en otras, tales como *A los caminos de hierro*, *al Mar*, etc., donde la profundidad de la idea, amplitud de perspectivas, grandilocuencia, abundancia y esplendor de estilo, forman el mas sublime conjunto. No es comparable con ellas ciertamente la que motiva estas líneas; pero de todas sus buenas dotes participa, si bien de un modo menos sostenido. El cuadro que traza del siglo de Fray Luis de Leon es vigoroso y oportuno, reina en esta composicion puro espiritualismo, y el metro es fluido y armonioso, presentando octavas tan notables como las siguientes:

¿Qué es el silencio de la tumba vana
Para aquel que elevado por la gloria,
En la ostentosa cumbre soberana
Brilla del claro olimpo de la Historia?
¡Esa insólita pompa muestra ufana,
Al resonar los himnos de victoria,
Que del Genio jamás triunfa la muerte
Y su féretro en solio se convierte!

¡Gloria al Señor! En el sepulcro frio
En su magnificencia el Genio brilla,
La envidia cede, y el orgullo impio
Su inaccesible corazon humilla:
Santa es la paz del túmulo sombría,
Do reclina la frente sin mancha
El varon cuyo ingenio soberano
Es timbre y luz del pensamiento humano!

La oda siguiente, suscrita por don J. Ortiz Gallardo Lopez del Hoyo, de quien no conocemos mas producciones, compuesta en *liras*, estrofa favorita de Fray Luis de Leon, revela en sus giros y frases bastante estudio de tan gran modelo; pero mas narrativa que lírica, y sobrado extensa, degenera á veces en prosáica, no alcanzando á salvar el efecto del todo las bellezas particulares que contiene. No obstante, se conoce por ella que su autor es persona de nada vulgar literatura y capaz de escribir cosas muy superiores. Son dignas de copiarse estas delicadas estrofas que tan bien cuadran al cantor de la *Noche serena*.

El canto de su lira,
Dulce, doliente, de amargura lleno,
Apenado suspira
Por un bien mas sereno,
Por flores de otro valle mas ameno.
.....
Que el bajo y torpe suelo
No es el lugar de la mirada suya;
¡Terrible desconsuelo
Que mas veloz no huya
El tiempo ni que el término concluya!

Nótese el verso que hemos puesto de cursiva. Los siguientes tercetos son los de un soneto del mismo autor que figura tambien en esta *Corona poética*.

¡Ah! Yo quisiera que en amor deshecho
A virtud tanta, tierno y conmovido
Se convirtiera con afan mi pecho.

Siguiendo así la senda por do han ido,
Aunque parezca tal camino estrecho,
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

(Se concluirá.) G. LAVERDE RUIZ.

Inauguracion del ferro-carril de Lausana á Ginebra.

La Suiza francesa se halla muy preocupada en el dia con la cuestion de los caminos de hierro. El canton de Vaud y el canton de Ginebra vivían en paz, pero se establece un ferro-carril, y hé aquí encendida la guerra. El consejo de Estado del canton de Vaud concedió á la compañía del Oeste Suizo la línea de Lausana á Ginebra, y la compañía principió los trabajos inmediatamente; pero para llegar hasta Ginebra, es preciso pasar por el territorio ginebrino; ahora bien, en el momento en que la compañía del Oeste-Suizo se disponia á dar el primer golpe para remover la tierra de la serenísima república de Ginebra, el consejo de Estado de la susodicha república intervino y dijo al Oeste-Suizo: No pasarás adelante. Y de este modo un ferro-carril destinado á poner en comunicacion Lausana y Ginebra, se detiene sin razon ninguna á ocho kilómetros de esa última ciudad, enfrente del histórico castillo de Coppet, que fué la residencia de destierro de madama de Stael.

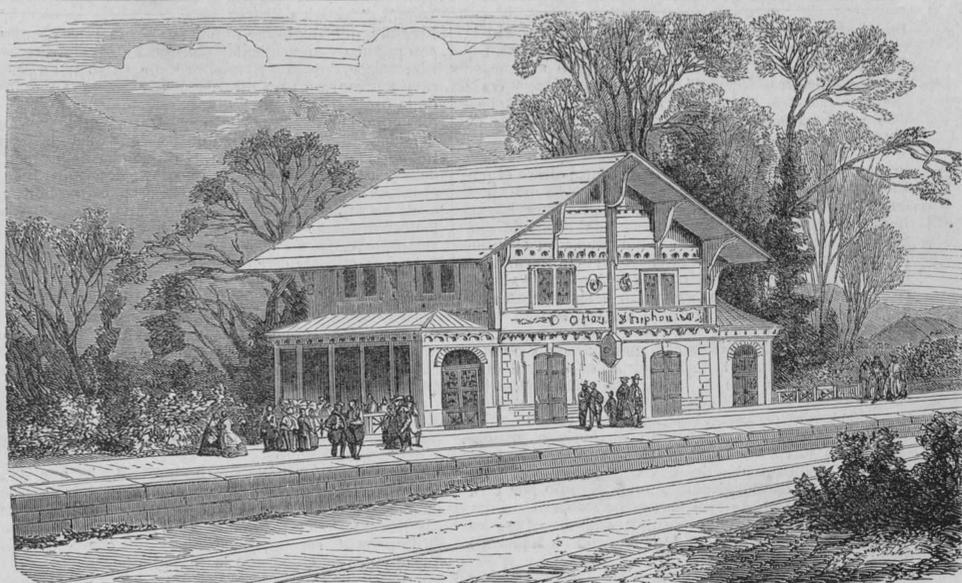
Ginebra y Lausana se hallan pues en el día empeñadas en una pequeña guerra de epigramas y recriminaciones. En el banquete que tuvo lugar con motivo de las fiestas de inauguración, se dispararon por ambos campos flechas muy agudas mientras se brindaba á la gloria de la Confederación y de la independencia. Hablando francamente creemos que las municiones están agotadas hoy, y que no se hará esperar mucho tiempo un tratado de paz que lo arregle todo.

Ahora que está informado el lector del estado de la cuestión, se me permitirá que eche á correr por esas tierras con la locomotora, y que diga dos palabras del ferro-carril de Mácon á Ginebra antes de hablar de la línea de Ginebra á Lausana.

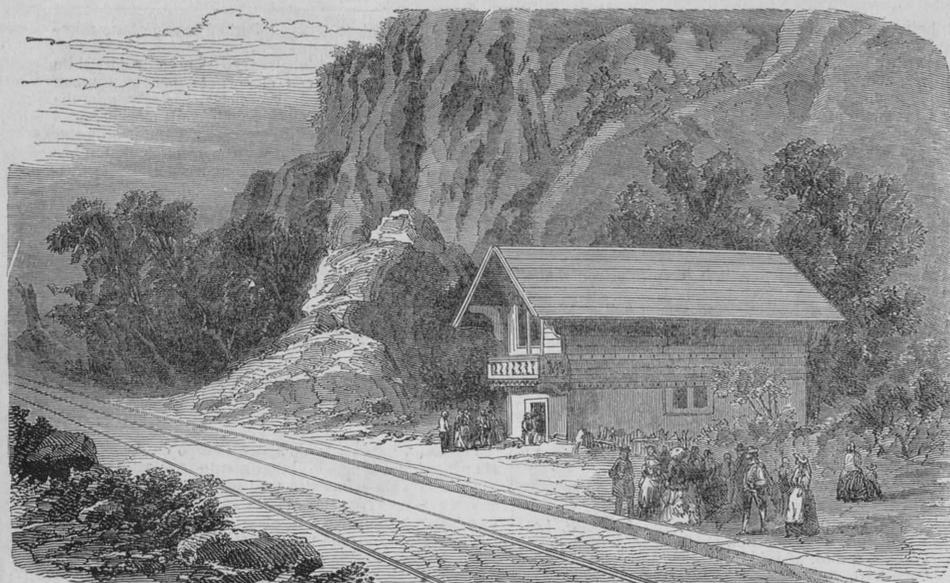
De Mácon á Amberieu la vía presenta muy poco de particular; no hay accidentes de terreno, y los puntos de vista son escasos; de trecho en trecho algunos estanques de formas curiosas; dejamos á un lado Bourg, la magnífica iglesia de Brou; atravesamos Amberieu y Saint-Rambert, y llegados á Culoz saludamos la Saboya, separada de la Francia por un barranco.

Aquí el camino serpentea; sube, baja, atraviesa un precipicio, se engolfa en una montaña, abre un pico que le estorba, y marcha adelante por la margen del Ródano que todavía no es mas que un riachuelo. En Bellegarde un gendarme muy cortés nos pide nuestros pasaportes.

¿Cómo ha cambiado Ginebra desde el tiempo en que tenía aun sus murallas! Era entonces una ciudad triste, enojosa, severa, una Roma calvinista, es decir, una Roma sin palacios, sin monumentos y sin obras de arte. Hace unos diez años venía yo de Ferney á las diez de la noche, y me encuentro con que la puerta de Ginebra



Estacion en la línea.



Casita del guarda.

INAUGURACION DEL FERRO CARRIL SUIZO DEL OESTE.

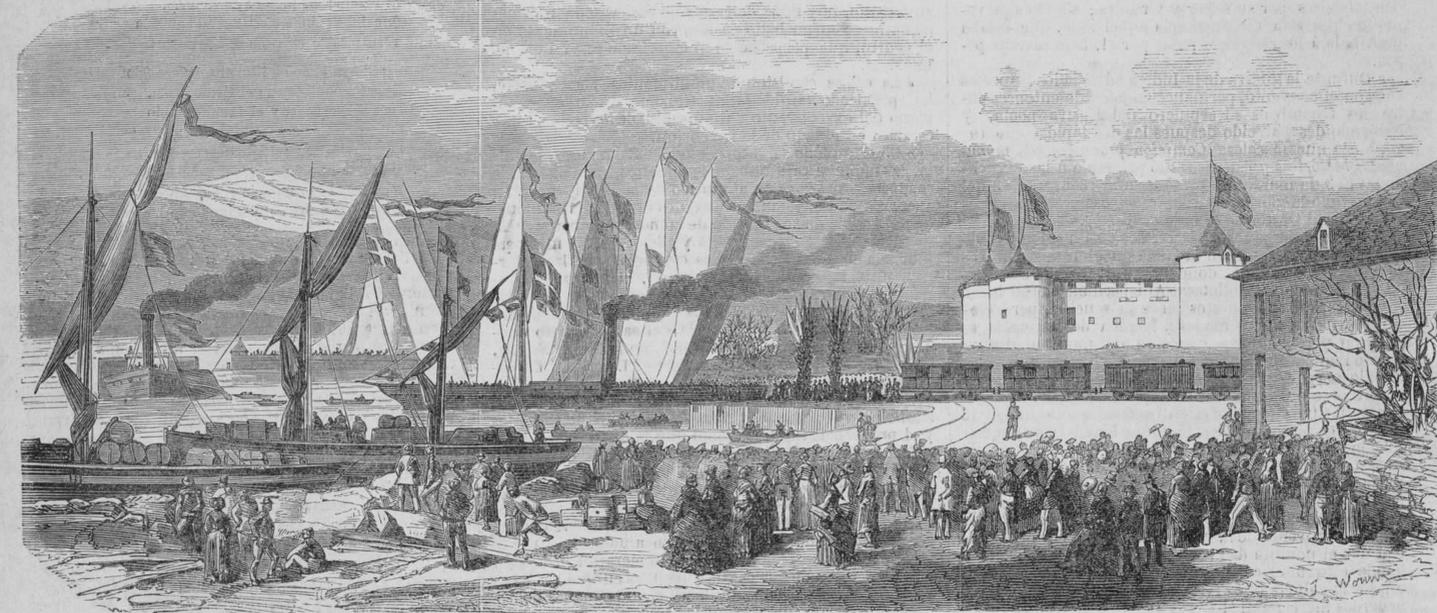
tras me parecía ver circular osos negros sobre la nieve, hé aquí que mi montaña se quedó sin base de repente; en cuanto al Monte Blanco verdadero, ya comprenderéis que despues me causó poca impresion. Todo el mundo ha sufrido iguales engaños en los países visitados por la primera vez. La imaginación del hombre se figura cosas tan maravillosas que al hallarse en presencia de la realidad se queda siempre un poco contrariado.

La compañía del Oeste-Suizo habia puesto á nuestra disposición un vapor para conducirnos á Lausana.

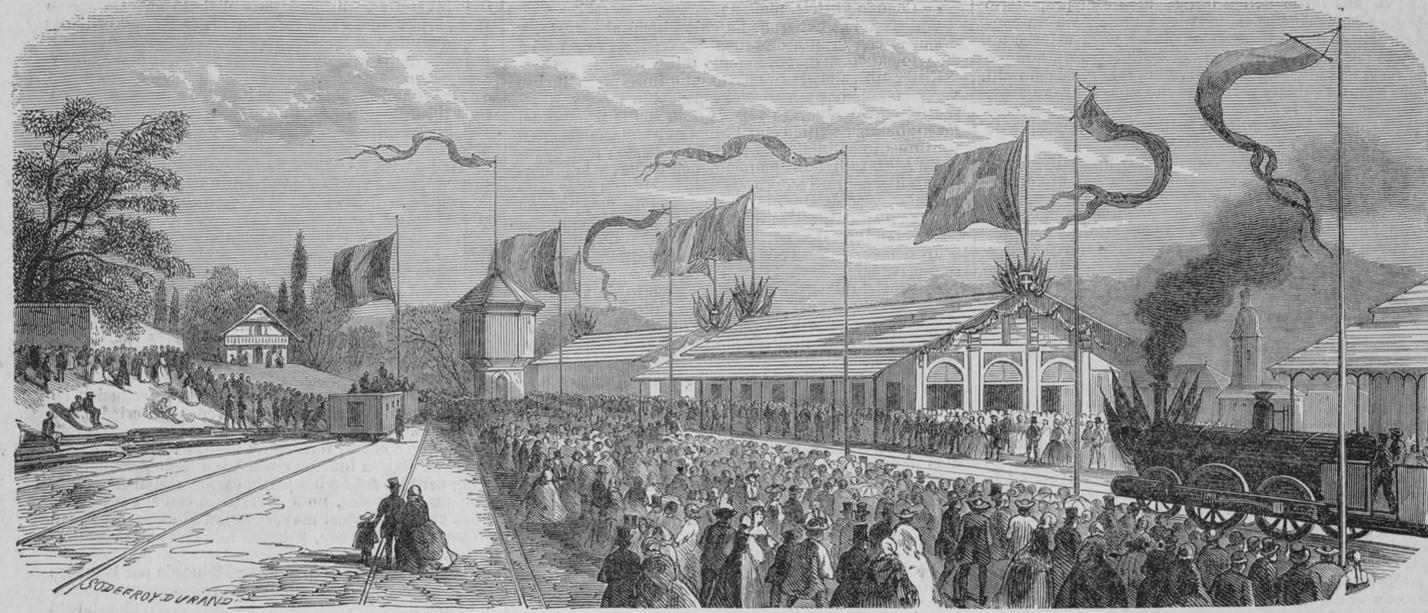
Abandonamos Ginebra, y hemos aquí navegando por un lago azul. Contemplando sus dos orillas se observaba un contraste notable. En el lado suizo bonitas casas de recreo, aldeas graciosas y limpias, el aspecto de la felicidad y del bienestar; en el lado de la Saboya grupos de cabañas y una población sucia y cubierta de harapos.

El vapor hace escala en Thonón; toda la aldea está en la orilla del lago, pero todos aquellos rostros tienen el aire muy miserable. Un poco mas allá entramos en el gran lago y pasamos por delante de Amphion y Evian, lugarillo de baños donde hubo en otro tiempo una rueta que el gobierno sardo suprimió, de modo que el pueblo reducido á sus baños inocentes tiene hoy una fisonomía bien triste. Allí abandonamos la costa de Saboya; el vapor se dirige derecho hácia Lausana que muestra en breve sus casitas blancas, y desembarcamos á la falda de sus tres colinas.

Lausana es un bonito pueblo que yo no desearia habitar. Subir y bajar, bajar y subir, tal es la vida del habitante de Lausana. Pero ¿qué puntos de vista tan hermosos! El lago, los Alpes, las montañas del Jura, los pueblos diseminados en un horizonte de unas veinte le-



El puerto de Morges y el Monte-Blanco.

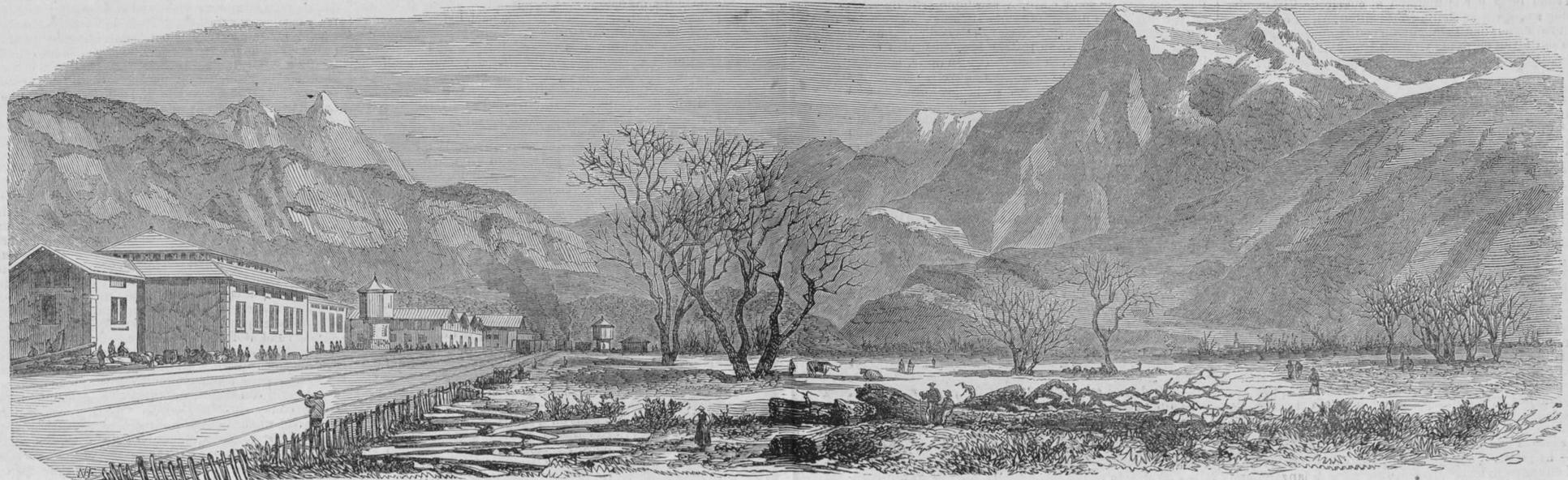


Llegada del tren de honor á Morges.

esta cerrada. Llamo; el portero me abre y me dice: «Volvéis á la ciudad á las diez cuando todas las gentes honradas están durmiendo; es la conducta de un libertino.» ¡Pobre portero! ¿Qué debe decir de Ginebra desde que M. James Fazy se ha hecho el gondolero de la república? Hoy se entra en Ginebra á todas horas del día y de la noche. Ya no hay puertas, ni porteros, ni murallas, sino palacios por todas partes. M. Fazy ha edificado á la orilla del lago una casa monumental adornada con estatuas griegas muy hermosas. ¡Estatuas en las calles de Ginebra! ¡y en la fachada del palacio habitado por el jefe del poder ejecutivo! Parece mentira.

Después que M. Fazy, sin hacer caso de los clamores de toda la Suiza, desgarró el vestido de piedra de la ciudad protestante, está ha venido á ser de repente una de las poblaciones mas elegantes de Europa. La calle del Monte Blanco esta hermosísima, el muelle de Bergues es soberbio, y el gran muelle del Ródano admirable. No es de extrañar que el número de habitantes se haya doblado desde que cayeron las murallas. Dentro de diez años Ginebra será una verdadera capital, y en esta prevision acaba de construir un palacio de mármol que llama el hotel de la Metrópoli.

No hablo de sus paseos y de sus monumentos conocidos; son las seis de la tarde, el sol tiñe de rosa la cumbre de los Alpes, y entre todos esos picos cubiertos de nieve busco el famoso Monte Blanco. «Segui las márgenes del lago, escribia Gerardo de Nerval; y di la vuelta á las murallas sin atreverme á preguntar á nadie ¿dónde está el Monte Blanco? hasta que acabé por admirarle bajo la forma de un inmenso nubarrón blanco y rojo que realizaba el sueño de mi mente. Por desgracia, mientras calculaba yo los peligros que podría haber en ir á plantar en su cumbre una bandera, mien-



El embarcadero de Bex y el pico del Mediodía.

guas, todo eso aparece á la vez, sorprende, encanta y deslumbr.

De Lausana parte el tren de inauguración. El embarcadero está muy adornado, la artillería saluda la marcha, y en todo el trayecto nos acompañan los cañonazos. En cada parada unas veinte jóvenes vestidas de blanco se presentan á la portezuela de los wagones para ofrecer á los convidados el vino de honor; apenas hay tiempo para vaciar la copa. La locomotora silba y se lanza á otra parte, y así llegamos á Coppet donde recogemos á los convidados de Ginebra para llevarlos á la estación de Morges, en cuyo punto hallamos una mesa de cuatrocientos cubiertos.

Nada he dicho aun de este nuevo ferro-carril que parece haber sido hecho, no tanto para trasportar á los viajeros de una parte á otra, como para recrearlos con la magnificencia del espectáculo. El lago se encuentra á nuestros pies inmóvil y rodeado de festones de verdura; en el horizonte se descubren los picos de los Alpes. Es una gran revista de los ventisqueros pasada en tren expreso. El monte Catoyne en el fondo del valle del Ródano, el monte Combin, el pico del Mediodía, las montañas de Abundancia, los picos de Oche, el Saxel, la Aguja de Tunninges, el Mole, y el general en jefe, el Monte Blanco. Intúil es añadir que solo señalo el estado mayor de ese ejército de picos helados que brillan sobre las nubes y que parecen surgir de un océano de vapores.

Estamos de regreso en Morges. El salon del banquete adornado con trofeos y banderas ofrece el aspecto de una vasta herradura. Nos sentamos á la mesa y comienzan los brindis: A la Confederación, á la independencia, al canton de Vaud, al canton de Ginebra, á los convidados extranjeros; se brinda á todo el mundo, y creo

que aun seguiria la broma si las damas de Ginebra y de Lausana no se hubiesen levantado de la mesa para correr al salon del baile.

A las diez de la noche la fiesta, favorecida por un tiempo soberbio, se terminaba con unos fuegos artificiales. Un tren salia para Lausana y otro para Ginebra. Yo entré en el último, y al otro día estaba en París á doscientas leguas y á catorce horas del Monte Blanco.

E. A.

NOVELAS RUSAS.

EL ESPADACHIN.

I.

En 1829 el 8º regimiento de coraceros estaba de guarnición en una aldea del gobierno de ... Esta aldea con sus cañamares y sus verdes huertas parecia de lejos un islote en el seno de un vasto océano de campos labrados de un color oscuro. En medio de la poblacion se extendia un estanque rodeado de una tierra fangosa y en el cual nadaban constantemente muchos patos. A unos cien pasos de esa especie de charca, y al otro lado del camino, se elevaba la casa de madera del señor, viuda hacia tiempo de sus dueños y tristemente inclinada por uno de sus lados. Cerca de esta habitacion habia una huerta abandonada, donde se veian manzanos viejos que ya no daban fruto y grandes álamos blancos frecuentados por los cuervos. Al extremo de la alameda principal, en una casita donde antiguamente el propietario de aquellas haciendas tomaba los baños, vivia un conserje achacoso que todas las mañanas se arrastraba tosiendo por el jardin hacia el aposento señorial, aunque ya nada tenia que hacer en él, pues solo quedaban allí unos cuantos sillones revestidos con unas fundas ajadas, una cómoda vieja de columnas torneadas y agarraderas de cobre, cuatro pinturas góticas y una estatuilla de negro en alabastro con la nariz rota.

El poseedor de los dominios era un jóven indolente que pasaba su vida ora en San Petersburgo, ora en los países extranjeros sin cuidarse de tales tierras, herencia de un tio anciano muy conocido en la comarca por sus buenos licores. Sus botellas vacías estaban amontonadas en el almacén, con otros restos, como registros encuadrados en carton de color, arañas de cristal rotas, casacas de gentilhomme del tiempo de Catalina, y una espada tomada con guarnicion de acero.

En una de las alas de ese edificio se habia instalado el coronel del regimiento, un hombre de una estatura elevada, casado, de carácter sombrío y taciturno. En la otra estaba el ayudante, de un carácter opuesto, siempre perfumado, muy afectado, aficionado á las flores y á las mariposas. El cuerpo de oficiales se parecia á todos los cuerpos de oficiales; encontrábanse en él figuras agradables y fisonomías antipáticas, hombres de talento y otros que no lo eran.

Entre ellos un capitán llamado Avdiei Ivanovitch Lutchkof pasaba por un espadachin. Este sugeto era un hombre pequeño, de cara estrecha, amarillo, seco, con pelo negro y escaso, una fisonomía vulgar y ojos pardos hundidos. Huérfano desde su infancia, se habia criado con pocos recursos. Durante semanas enteras, permanecía muy tranquilo; luego de repente como si hubiera entrado el diablo en su cuerpo, se mostraba inquieto, aburrido, miraba á todo el mundo con insolencia, y en un abrir y cerrar de ojos armaba una disputa. Sin embargo, se reunia con sus compañeros, pero solo estaba en relaciones íntimas con el ayudante, y nunca jugaba á los naipes ni bebía.

En mayo de 1829, en la época en que principian los ejercicios, se vió llegar al regimiento un corneta llamado Teodoro Kister. Era un jóven rubio, perteneciente á una familia noble de origen alemán, modesto, instruido y bien educado. Hasta la edad de veinte años habia vivido en la casa paterna bajo la guarda de su madre, de su abuela y de dos tias, y luego habia entrado en el servicio para obedecer á la abuela que aun en su vejez no podia ver sin emocion un uniforme.

Teodoro no tenia la mayor inclinacion á la carrera militar, pero entró en ella de buena voluntad, llenaba cumplidamente sus deberes y se distinguia por su exactitud en todo lo relativo al servicio. El primer día de su llegada fué á visitar á su comandante, y luego organizó su instalacion. Llevaba consigo colgaduras, alfombras y algunos muebles. Mandó poner papel en las paredes, arreglar las puertas y ventanas, gobernar la cuadra y las cocinas, y hasta quiso tener una sala de baños.

Toda una semana se ocupó en estos trabajos, y se puso una habitacion tan bonita que daba gusto verla. Delante del balcon habia una mesa cubierta de diferentes objetos de utilidad y de lujo; en uno de los ángulos de su aposento habia un estante lleno de libros y adornado con los bustos de Goethe y de Schiller; en las paredes mapas, dibujos de Gavarni, escopetas, pipas con boquillas elegantes, y en el suelo una alfombra. Cada puerta tenia su cerradura; habia cortinas en todas las vidrieras; en suma, todo en aquel aposento estaba arreglado con limpieza y con orden; ¡qué contraste con las habitaciones de sus compañeros! Aquí un patio sucio, difícil de atravesar; allá en el vestíbulo, detrás de unos biombo desgarrados roncaba un asistente; el suelo sembrado de paja, en la cocina las botas con los cepillos y

el betun; en el cuarto del oficial una mesa de juego sin limpiar; tazas donde ponen un té mal hecho y casi frio; en un lado un canapé grasiento; en el marco de la ventana cenizas de la pipa; en un viejo sillón está sentado el amo de la casa con una bata de flores descolorida y un gorro asiático bordado; á sus piés duerme un perrazo sucio con un collar de cobre; todas las puertas abiertas de par en par.

Teodoro agradó á sus nuevos compañeros por su bondad y su modestia, por su entusiasmo, por sus inclinaciones naturales hacia todo lo bueno y lo bello, en una palabra, por cualidades que en otro oficial habrian parecido ridiculas. Le llamaban la señorita y le trataban con una urbanidad afectuosa.

Únicamente Avdiei Ivanovitch le miraba con malos ojos.

Un día despues del ejercicio se acerca á él y le dice con mal tono:

— Buenos días, señor Knaster.

Kister le miró con extrañeza.

— Os dirijo mis saludos, señor Knaster, repuso Lutchkof.

— Me llamo Kister, repuso el corneta.

— Lo mismo da, señor Knaster.

Teodoro le volvió la espalda y se fué á su cuarto. El otro le miró con una expresion irónica.

Al otro día se llegó á él de nuevo preguntándole:

— ¿Cómo va la salud, muchachillo?

Kister se estremeció y le miró frente á frente. Los ojillos malvados de Ivanovitch chispeaban de alegría.

— Con vos hablo, añadió, muchachillo.

— Caballero, repuso Teodoro, esa chanza es necia, muy necia, ¿lo entendeis?

— Sí señor, repuso tranquilamente Lutchkof; ¿cuándo nos batimos?

— Cuando gustéis, mañana.

Con efecto, se batieron. Lutchkof hirió al corneta, y despues, con gran asombro de los testigos, se acercó á él, y tomando su mano, le pidió mil perdones.

Kister no salió de su cuarto en quince días. Muchas veces en esas dos semanas el espadachin fué á verle, y se hizo amigo suyo. ¿Le habia seducido la firmeza del jóven, ó habia sentido en su alma una emocion de arrepentimiento? Difícil seria responder á esto; pero de todos modos, se ligó íntimamente con Kister, y le llamaba familiarmente Teodoro. Cuando estaba con él se transformaba, y ¡cosa singular! no ganaba mucho, pues no estaba en su naturaleza el parecer suave y bueno. Era de esos hombres que parecen tener el don de subyugar á los demás, sin las cualidades que podrian justificar este privilegio.

Desprovisto de toda educacion y corto de alcances, quizá su rudeza era hija del sentimiento de su inferioridad intelectual y del deseo de ocultarla bajo una máscara rigurosa. En un principio se propuso despreciar á las personas con quien se encontraba, y despues habiendo observado cuán fácil es asustarlas, llegó á despreciarlas realmente.

Era un gusto para él interrumpir con su aparicion un coloquio elevado.

— Yo no sé nada, decia entonces para sí, no he aprendido nada, no tengo familia alguna, y vosotros no debéis saber nada tampoco, ni debéis hacer alarde de vuestras facultades en mi presencia.

Si cedió á la influencia de Kister fué porque quizá el terrible espadachin no habia tropezado hasta entonces con un ser verdaderamente idealista, esto es, un hombre generoso, una naturaleza inclinada franca y sencillamente hacia el ideal, indulgente y sin amor propio.

Entre él y su nuevo amigo pasaban escenas de este género:

Avdiei llega por la mañana al cuarto de Kister, enciende su pipa y se sienta en un sillón. Allí, no se avergüenza de su ignorancia, cuenta con la modestia germánica del jóven corneta, y no sin fundamento.

— ¿Qué hiciste anoche? le pregunta; ¿sin duda habrás leído?

— Sí.

— ¿Y qué leiste? exclama con su tonillo algo irónico.

— Un idilio de Kleist. ¡Qué bonito! Escucha, quiero que conozcas algunos pasajes...

Y Kister lee con entusiasmo, y Avdiei frunciendo el ceño y apretando los dientes, le oye con atencion.

— Sí... sí... murmura con una sonrisa desagradable, es bonito... muy bonito... recuerdo haberlo leído ya... Pero dime, añade lentamente y como hablando consigo mismo, ¿qué piensas tú de Luis XIV?

Kister se pone á desenvolver sus ideas sobre el gran rey. Avdiei le escucha y no comprende lo que oye, ó lo comprende mal. Luego quiere presentar algunas observaciones, y se ve en un apuro.

— ¡Voy á decir una tontería!

Exclama para sí, y en efecto, las dice á menudo.

Pero el buen corneta no le corrige, le deja hablar, y se regocija viendo que el espadachin tiene deseos de instruirse.

¡Ay! Sabe Dios porqué Avdiei interrogaba al corneta; pero no era seguramente por el afán de adquirir conocimientos. Era quizá por darse cuenta á sí propio de su estado intelectual, por saber si era estúpido por naturaleza, ó si únicamente le faltaba instruccion. A veces se decia con una sonrisa amarga:

— Es positivo, soy tonto de remate.

Y entonces se levantaba con insolencia y lanzaba una mirada terrible á todos los que en aquellos momentos parecia que le observaban.

— ¡Ah! vosotros teneis talento é instruccion, murmuraba; ¡cuidado conmigo!...

Los oficiales no hablaban largo tiempo de la súbita amistad de Lutchkof con el corneta, porque estaban acostumbrados á sus extravagancias. Kister ponderaba por todas partes á su amigo, y no le contradecian, pues tenian miedo al espadachin; y este personaje singular no pronunciaba jamás ante sus compañeros el nombre del jóven corneta, pero cesaba de frecuentar al sentimental ayudante.

II.

Los hacendados de la Rusia meridional reciben con gusto en sus casas á los oficiales, dan bailes en su honor, y les buscan esposas entre sus hijas. A unos diez minutos de la aldea de Kirilof, donde se encontraban los héroes de esta historia, vivia un tal Perekatof, poseedor de un pequeño dominio, de una bonita casa y de unos cuatrocientos siervos. Su mujer se llamaba Nenila Makarievna, y tenia una niña de diez y ocho años llamada María.

Perekatof habia servido algun tiempo en la caballería; luego habia dejado el regimiento para satisfacer su gusto á la vida campestre y su inclinacion á la pereza, y vivia como viven los nobles campesinos que tienen una fortuna escasa.

Su mujer pertenecia por un nacimiento poco legítimo á un alto personaje de Moscou. Su protector la habia educado en su propia casa; pero así que vió una coyuntura propicia se apresuró á dárle acomodo como un objeto de colocacion difícil, pues no era bonita, y su dote no pasaba de diez mil rublos.

Perekatof se consideró muy dichoso en casarse con una persona que habia recibido una educacion brillante y que estaba tan bien emparentada. Despues de la boda el noble dignatario de Moscou siguió mostrándose muy afable con los esposos; se dignaba recibir las codornices que Perekatof le mandaba, le llamaba su amigo, y hasta solia tutearle.

Nenila dominaba á su marido y gobernaba la casa, pero con inteligencia, mucho mejor sin duda que la habria gobernado Perekatof. Sin hacerle sentir duramente su yugo, ella le tenia bajo su dependencia, le prescribia las ropas que debia usar, y le hacia que se vistiera á la inglesa. Quiso tambien que dejara crecer su barba para ocultar una verruga grande como una fresa que tenia bajo el labio inferior, y decia á los que iban á verla que como su marido tocaba la flauta, la barba le ayudaba á sostener mejor su instrumento.

Desde muy temprano todos los días Perekatof estaba peinado, rizado y adornado con una ancha corbata. Se mostraba bastante contento con su suerte, hacia poco mas ó menos lo que le agradaba, comia bien y dormia lo mas posible.

Los vecinos decian que Nenila habia introducido en su casa costumbres extranjeras. Todos los criados que andaban en su derredor estaban muy bien vestidos. Su amor propio era su tormento: aspiraba á ver á su esposo con alguna funcion electiva en la nobleza del distrito; pero los nobles del país, aunque hacian en su casa comidas excelentes, no le favorecian con sus sufragios. Unas veces elegian al mayor Burkoltz, otras favorecian á otro mayor retirado, y decian que Perekatof era afectado en todo.

María se parecia poco al padre. Educada por la madre con el mayor esmero, hablaba perfectamente el francés y tocaba muy bien el piano. Era una jóven de estatura regular, blanca y de buenas carnes. Una sonrisa alegre animaba su fisonomía algo abultada; sus cabellos rubios, sus ojos de color claro, y el sonido armonioso de su voz producian una impresion agradable. Además no tenia preocupaciones ridiculas, ni afectacion, y no se podia menos de notar su instruccion, muy rara entre las jóvenes del campo, la facilidad de su decir, la sencillez de su lenguaje y la expresion suave y cándida de sus miradas. Gobernábase por su propia voluntad; su madre no la violentaba en manera alguna.

Una vez á las doce del día se encontraba toda la familia en la sala. Perekatof con una casaca verde, una enorme corbata de cuadros, un pantalon de mil colores y grandes polainas, estaba sentado cerca de la ventana cogiendo moscas al vuelo con mucha gravedad.

Su hija inclinaba la cabeza sobre su bastidor de tapicería, su manita torneada se levantaba y se bajaba graciosamente sobre el cañamazo. Nenila Makarievna se hallaba en el sofá, meditabunda y con los ojos fijos en el suelo.

— Sergio Sergewitch, dijo á su marido; ¿habeis mandado esquelas de convite al regimiento?

— ¿Para esta noche? Sin duda. Temo que no haya bastantes caballeros para que bailen todas las señoritas.

Sergio suspiró como si le afligiera aquella escasez de bailarines.

— Mamá, exclamó de repente María, ¿vendrá el señor Lutchkof?

— ¿Quién es ese sugeto?

— Un oficial; aseguran que es hombre interesante.

— ¿Cómo pues?

— No es hermoso, ni jóven, pero todo el mundo le teme, porque es un duelista terrible (Nenila frunció el ceño); desearia que viniera.

— ¿Y qué te prometes ver, hija mía? preguntó Perekatof. ¿Te figuras quizá un lord Byron? (En aquel tiempo se comenzaba á hablar en Rusia de lord Byron).

¡Qué locura! Mira, yo también en mi tiempo pasé por un calavera.

María miró á su padre con asombro, se sonrió, y luego le dió un beso. Nenila se sonrió también. No obstante, Sergio no mentía.

— No sé si vendrá ese personaje, dijo la señora. He suplicado al coronel que nos traiga sus oficiales, y quizá el señor Lutchkof se dignará venir con ellos.

María suspiró.

— No vayas á enamorarte de él, dijo Sergio Sergetwitch; ¡las mujeres ahora tienen tales caprichos de entusiasmo!...

— No, padre mio, respondió María con sencillez.

Nenila lanzó una mirada fría á su marido.

Sergio después de haber dado cuatro vueltas á su cadena entre los dedos con aire muy confuso, tomó su sobretodo y su sombrero, y salió á visitar sus tierras. Su perro le siguió tímido y humilde. El inteligente animal comprendía que su amo no mandaba en la casa, y se portaba con prudencia y reserva.

Nenila se acercó en silencio á su hija, la levantó suavemente la cabeza, y clavando los ojos en ella, la dijo: — Te confesarás conmigo cuando ames.

María besó sonriendo la mano de su madre y repitió algunas veces un ademán afirmativo.

— No lo olvides, añadió su madre saliendo para reunirse con Sergio.

María se apoyó en el respaldo del sillón con la cabeza inclinada sobre su seno y las manos juntas, y largo tiempo miró por el balcón en tanto que un ligero encarnado coloreaba sus mejillas.

Al cabo volvió á su labor, pero perdió la aguja y se puso á meditar profundamente; echó una mirada á su hombro, á su brazo extendido, y de repente dejando el asiento se acercó al espejo, se miró á él, tomó su sombrero y bajó al jardín.

A las ocho de la noche principiaron á llegar los convidados.

Nenila recibía con mucha gracia á las señoras y María á las señoritas. Sergio conversaba con los hacendados sobre asuntos de agricultura, y á cada instante miraba á su mujer. En breve aparecieron algunos oficiales, y por fin entraron el coronel y el ayudante seguidos de Kister y de Lutchkof que fueron presentados á Nenila.

Lutchkof la saludó sin pronunciar una palabra. Kister balbuceó un cumplimento. Sergio se adelantó hacia el coronel, y le estrechó la mano clavando en él una mirada expresiva.

Se organizaron los bailes. Kister invitó á María para una escocesa, danza muy á la moda en aquel tiempo.

— ¿Porqué no baila vuestro amigo? le preguntó la jóven al hallarse al otro extremo de la sala.

— ¿Qué amigo?

María le indicó Lutchkof.

— No baila nunca.

— Entonces ¿porqué ha venido aquí?

— Deseaba, repuso el corneta sonriendo, deseaba tener el gusto de...

La jóven le interrumpió.

— ¿Me parece, le dijo, que no hace mucho que estais en nuestro regimiento?

— ¿En vuestro regimiento? repitió Kister con una sonrisa; no, en efecto no hace mucho.

— ¿Y os gusta vivir aquí?

— ¿Seguramente.... He hallado una sociedad muy agradable, y luego la naturaleza...

El jóven oficial comenzó una descripción de la naturaleza. María le escuchó con la cabeza baja. Lutchkof sentado en un rincón miraba con aire indiferente á los bailarines.

— ¿Qué edad tiene el señor Lutchkof? preguntó de repente María.

— Creo que tiene treinta y cinco años.

— Dicen que es un hombre peligroso, violento...

— Es un poco irascible, pero es un buen muchacho.

— Dicen que todos le temen.

Kister se sonrió.

— ¿Y vos le temeis también?

— Es mi amigo.

— ¿De veras?

En aquel momento les llamaron á voces para que entraran en baile; María y Kister se pusieron en movimiento y atravesaron la sala.

Concluido el baile, el corneta se acercó al capitán y le dijo:

— Estás de enhorabuena.

— ¿Pues?

— La hija de la casa no ha hecho más que hablarme de tí.

— ¡Ah! exclamó Lutchkof con acento desdeñoso.

— ¡Hombre de suerte! Mirala, es muy bonita.

— ¿Dónde?

— Allí.

— En efecto, no parece mal.

Y Lutchkof bostezó al decir estas palabras.

— ¡Hombre frío! exclamó Kister corriendo á buscar otra pareja.

Avdieí estaba regocijado con lo que acababa de decirle su amigo, aunque bostezara con poco respeto; se hallaba muy lisonjeado en su orgullo, porque despertaba la curiosidad. Si despreciaba el amor, era de palabra; sabía que era muy difícil hacerse amar; pero podía sin duda ostentarse como un hombre reservado ó indiferente. No era hermoso ni jóven; pero disfrutaba de una reputación singular, y estaba acostumbrado á gozar silenciosamente de la amarga satisfacción de su aislamiento.

Más de una vez ya se había atraído la atención de las mujeres, y aun algunas quisieron acercarse á él; pero él siempre las rechazó con su ruda impasibilidad; sabía que en el momento de una entrevista, de una declaración, se mostraría primero vulgar y torpe, y luego grosero acaso hasta la injuria. Acordábase de dos ó tres mujeres con quienes había tenido algunas relaciones, y que en cuanto le observaron un poco de cerca, se alejaron prontamente...

De resultados de estos chascos había resuelto tomar su actitud enigmática y despreciar lo que no quería concederle el destino. Los hombres por lo común no profesan otro desprecio. Lutchkof no podía tener una manifestación de pasión franca, recta, espontánea; se imponía un papel aun en su cólera.

Su amigo Kister se había formado de él una opinión equivocada; era el único que podía oír sin repugnancia las carcajadas de Avdieí; los ojos del buen alemán chispeaban de alegría cuando leía algunas páginas de Schiller al espadachín, y este bajaba la cabeza con aire mustio...

Kister bailó hasta rendirse. El capitán no salió de su rincón, frunció las cejas, de tiempo en tiempo echaba una mirada de reojo á María, y en cuanto se encontraba con la vista de la jóven, volvía la cabeza con una indiferencia afectada.

María bailó tres veces con Kister. El carácter entusiasta del jóven oficial despertó sus simpatías; habló alegremente con él, pero en el fondo de su corazón estaba inquieta: Lutchkof era quien la ocupaba.

La orquesta dió la señal de la mazurka. Los oficiales se pusieron en movimiento: los tacones de las botas resonaban en el entarimado; las charreteras revoloteaban sobre los uniformes.

Los funcionarios civiles se mostraban tan animados como los oficiales. Lutchkof permanecía inmóvil en su puesto, y seguía á los bailarines con ojos indolentes. De pronto le tocaron en el hombro y se volvió; uno de sus compañeros le señaló María. La jóven estaba delante de él con los ojos bajos y le tendía la mano. Al pronto el adusto capitán la contempló con sorpresa, luego se quitó el cinturón, dejó su sombrero en el suelo, emprendió su marcha torpemente á través de los sillones, tomó la mano de María y dió algunas vueltas por la sala, pero sin divertirse y sin saltar como sus compañeros. Habría dicho que cumplía con sentimiento una delegación fastidiosa. El corazón de la jóven latía fuertemente.

— ¿Porqué no bailais? le preguntó al fin.

— No me gusta el baile, respondió. ¿Dónde está vuestro asiento?

— Allí.

La llevó á su puesto, se inclinó friamente y volvió á su rincón; pero en secreto, su naturaleza triunfaba. Una satisfacción interior conmovía todas sus fibras.

Kister fué á sacar á María.

— ¡Qué hombre tan extraño es vuestro amigo! le dijo la jóven.

— ¡Ah! mucho os ocupa, respondió guiñando sus hermosos ojos azules.

— ¡Acaso es desgraciado! exclamó ella.

— ¡Desgraciado! repitió el corneta riendo; ¡qué ideal!

— No sabeis.... no podeis saber, repuso María meneando la cabeza.

— ¿Cómo que no sé?...

La jóven meneó de nuevo la cabeza y miró á Lutchkof que al notar esta mirada se encogió de hombros y se retiró á otro cuarto.

III.

Pasaron algunos meses. El capitán no volvió á casa de los Perekatof. Kister por el contrario les hizo visitas frecuentes. Nenila le veía con gusto, pero él visitaba la casa por ver á María. En su candor y en su poca experiencia de las cosas del mundo, experimentaba el mayor placer en un cambio afectuoso de ideas y de sentimientos, y creía sencillamente en la posibilidad de una amistad firme y agradable entre un jóven y una jóven.

Un día los buenos caballos enganchados á su carruaje el llevaban con rapidez hacia la casa de Perekatof. Era en verano: la temperatura estaba pesada y caliente; ninguna nube oscurecía el cielo, pero se elevaba en el horizonte una especie de vapor denso que anunciaba una tempestad.

Los balcones de la habitación que ocupaba la familia Perekatof en el verano miraban al Levante según el uso adoptado en aquel país. Desde por la mañana Nenila había mandado cerrar las ventanas. Kister se adelantó con precaución por la sala oscura; la poca luz que penetraba en ella por los intersticios de las persianas se proyectaba en largos rayos por el suelo y se reflejaba en las paredes.

Como de costumbre Kister fué recibido amistosamente por toda la familia. Después de la comida Nenila se retiró á su cuarto á dormir la siesta, Sergio se sentó en el sofá, María se colocó delante de su bastidor y el corneta se puso enfrente de ella.

La jóven se inclinaba sobre su cañamazo sin descubrirle y apoyó en la mano su cabeza. Kister la hablaba; ella le escuchaba con aire distraído, como si esperara alguna cosa.

De tiempo en tiempo lanzaba una mirada á su padre, y al fin extendiendo una mano hacia Teodoro le dijo:

— Venid aquí y hablad en voz baja. Mi padre se ha dormido.

Efectivamente, Perekatof con la cabeza inclinada en

el canapé y la boca entreabierta dormía profundamente.

— ¿Qué quereis? preguntó Kister con curiosidad.

— Os vais á burlar de mí.

— ¿Qué sucede?

María bajó la cabeza de tal modo que solo mostraba la parte superior de su rostro; lo demás quedaba oculto entre sus manos. Luego con una voz tímida y un poco cortada preguntó al jóven oficial porqué el capitán no le acompañaba nunca.

No era la primera vez que la jóven se acordaba de Lutchkof desde el día del baile.

Kister no respondió.

— ¿Debo manifestaros francamente lo que pienso?

exclamó Teodoro.

— Sin duda... ¿Porqué no?

— Pues bien, me parece que Lutchkof ha producido en vos alguna impresión.

— No, respondió ella inclinándose sobre el cañamazo como para estudiar de cerca el dibujo. En aquel instante un rayo de luz dorada resplandecía en sus cabellos. No, repitió, pero...

— ¿Pero qué?...

— Podeis figuraros que..., repuso levantando la cabeza y recibiendo el rayo de sol en los ojos; si yo pensara...

— ¿Os faltan las expresiones?

— Sí, contestó María en voz baja, sonrojándose y desviando el rostro; sí, confieso que hay en él un no sé qué... ¡Os burlais de mí!... exclamó de repente clavando su vista en Teodoro.

Este se sonreía con dulzura.

— Os digo, continuó, todo lo que me pasa por la cabeza. Sé que sois... (no se atrevía á pronunciar el nombre de amigo) que sois bueno para mí.

Kister se inclinó; María le tendió la mano en silencio, y él besó la punta de sus dedos respetuosamente.

— ¡Es hombre muy original! añadió ella inclinándose de nuevo sobre su bastidor.

— ¡Original!

— Ciertamente, por eso me interesa, no de otro modo. — Lutchkof, repuso Kister con gravedad, es un hombre notable, un hombre distinguido. En nuestro regimiento no le conocen, no saben apreciar su valor, le juzgan por las apariencias. Sin duda tiene un carácter duro, singular, impaciente, pero su corazón es bueno.

María le escuchaba con avidez.

— Os le traeré, prosiguió Teodoro; le diré que hace mal en evitaros, y que es una cosa ridícula mostrarse tan uraño... le diré... ¡Oh! b en sé lo que tengo que decirle... Pero no vays á suponer que yo...

Kister se detuvo cortado, y la jóven también estaba muy confusa.

— En fin, repuso, creo que os agrada.

— Como otros me agradan.

— Bien, bien, os le traeré, está dicho.

— Pero no vays á...

— Descansad en mí; os respondo que todo irá debidamente.

— ¡Ah! sois...

(Se continuará.)

Proyecto de una fuente monumental para Burdeos.

Burdeos va entrando más y más en la vía abierta al desarrollo del arte en las provincias; después de haber creado un museo enriquecido de adquisiciones preciosas, después de haber fundado exposiciones periódicas, la municipalidad ha pensado en elevar monumentos en armonía con la importancia de una de las principales ciudades del Imperio.

En 1857 se abrió un concurso para la creación de una fuente monumental en el hemicycle de la plaza de Quinconces; esta plaza desde la cual se descubren los barrios más ricos de la ciudad, así como su puerto tan animado y el puente del Gironde ofrecía muchas dificultades á los artistas llamados al concurso.

En enero de 1858 un jurado compuesto de hombres especiales y presidido por el alcalde de Burdeos, después de haber examinado detenidamente los muchos planes y modelos enviados por los artistas, decidió que el proyecto de M. Augusto Bartholdi, estatuario, tenía derecho al premio de 6,000 francos ofrecido por la villa, pues era el que mejor llenaba las condiciones del programa impuesto á los concurrentes.

La fuente propuesta por M. Bartholdi se compone de una triple base de gradas sobre las cuales descansa un pylon rectangular; en el eje de cada cara hay un grueso formado por un arco de círculo, y en ellos están los blasones de la villa de Burdeos, soportados por un áncora y un caduceo con guirnalda de viña.

Del centro del pylon se eleva un pedestal con cuatro caras cóncavas y escuadras á las que se adaptan unas conchas sostenidas por elegantes columnillas; entre estas columnillas cuyas bases descansan en el agua se alzan briosos unos caballos marinos retenidos y domados por tritones. A partir de las conchas el pedestal se estrecha conservando su forma, y unas consolas colocadas abajo de las escuadras sostienen la triple media luna que forma parte del blason de la villa de Burdeos; en las cuatro caras cóncavas hay otras tantas cabezas de leones.

Corona el monumento un grupo alegórico cuyo asun-

to es la reunion del Garona y del Dordoña avasallados por el Océano, al que llevan el tributo de sus aguas.

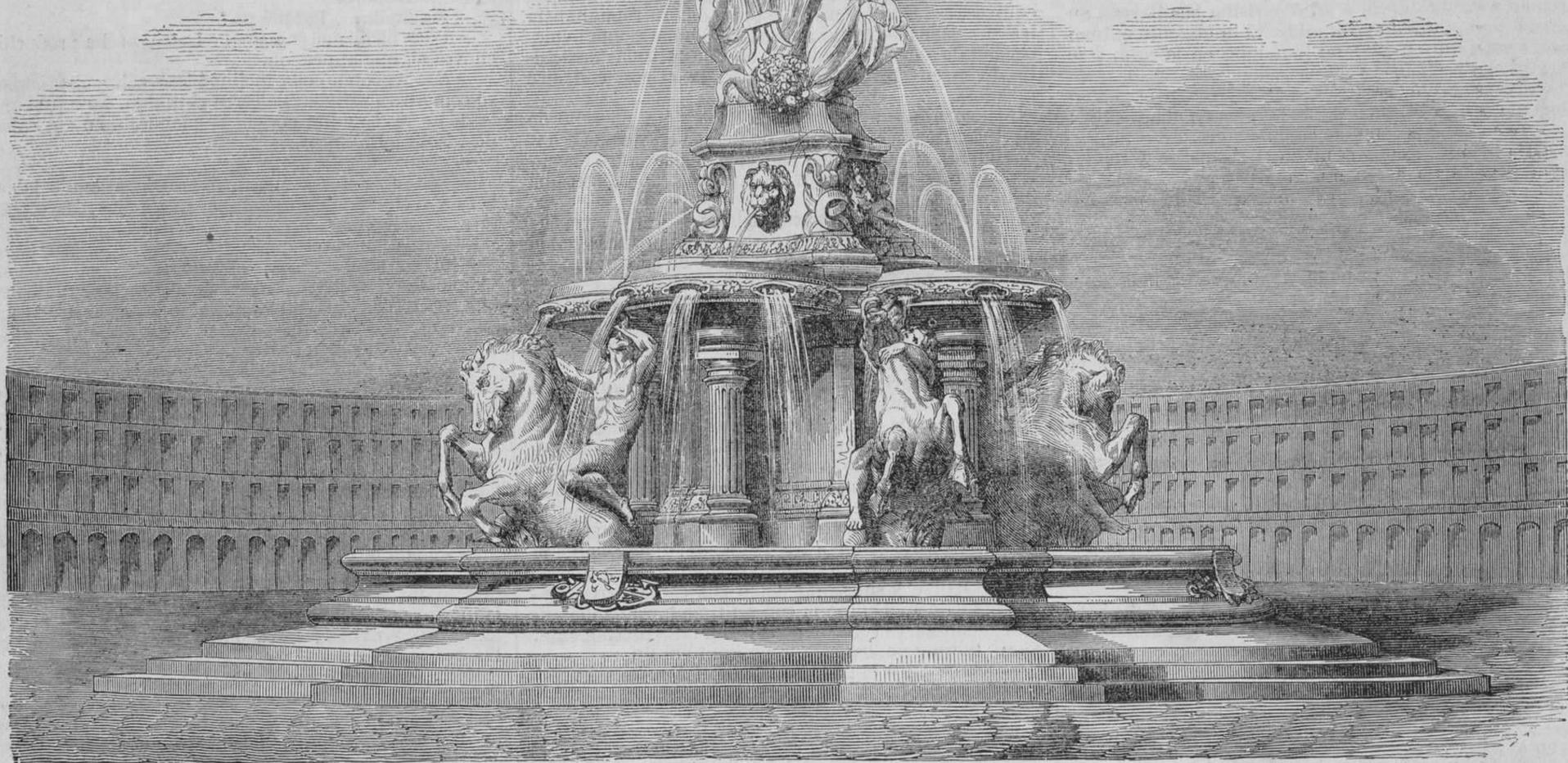
Este grupo, que así como los tritones y los caballos marinos, debe fundirse en bronce, tiene un gran carácter: el Garona y el Dordoña lanzan su postrer mirada á las riberas que abandonan; un pequeño fauno les arranca los follajes y los pámpanos, últimos vestigios de su adorno campestre, en tanto que el Océano que les domina hace surgir con su tridente un ancho cuerno de abundancia.

El Jurado halló en este grupo cierta exageracion de movimiento explicable en un bosquejo de tan cortas dimensiones; pero ese defecto desapareció en el modelo mas estudiado que pudo examinar posteriormente en

el taller del escultor, donde se conservan en una proporcion justa el movimiento y la gravedad indispensables en una composicion tan monumental.

El juego contrariado de las aguas que se escapan de las urnas de los dos rios, derramadas por las cabezas de leones y lanzadas con fuerza por las conchas, producirán por los caños abundantes que se ven indicados en nuestro dibujo el complemento de un monumento cuya disposicion general no podrá menos de ser admirada por los artistas. Es de creer que la municipalidad de Burdeos no dejará de encargar la ejecucion de la fuente al estatuario que tan bien ha sabido buscar todas las condiciones que imponia el programa del concurso.

G. F.



Proyecto de fuente para Burdeos, presentado por el escultor francés M. Bartholdi.

Venecia.

Para hablar de Venecia seria preciso comenzar como contando un sueño; pero un sueño hermoso y vago, lleno de esas cosas que solo el pensamiento puede figurarse alguna vez. Mas como nadie pudo llegar á una mansion oculta y misteriosa sino por una ruta desusada, debo decir en qué manera vine á dar á este rincón del mundo adonde deben huirse todos los dichosos. Sí, muy bien me acuerdo de todo eso: no eran campos cubiertos de verdura los que yo iba atravesando, ni vi una flor en las colinas: la tierra fué desgraciada aquella noche, porque vió desaparecer su yerba y sus arbustos bajo los enormes montones de nieve que cayeron el uno sobre el otro: los pastores metieron á sus chozas sus rebaños, y los que no encontraron espacio en ellas, todos perecieron: ni una piedra habia quedado descubierta, y apenas era posible verse la cabeza moribunda de alguna mata que poco antes fué robusta y elevada. Los Alpes crecieron en altura, los rios se pararon hallando obstruido su camino, los arroyos se hincharon poco á poco y tomaron las vias que pudieron. Fué terrible aquella noche, fué una verdadera calamidad para los campos. Y bien que fuese triste el espectáculo, era muy bello al mismo tiempo: los montes y los llanos, todos cubiertos de la mas blanca y tersa nieve; los árboles cargados de un menudo polvo que empezaba á brillar al sol de la mañana; los tejados de las aldeas llenos de ligeros copos ó de largas plumas que volaban con el viento brillando como rayos de

diamante: todo blanco, todo luciente y puro, y en medio de todo cien y cien iris que huían y volvían enredándose los unos con los otros.

Mas yo no pude gozar por mucho tiempo del poético camino, porque el sol desplegó todos sus rayos en la ancha y limpia esfera: mientras la luz fué suave, mi

á descubrirlo en alguna mansion encantada en medio de los mares. De cuando en cuando alzaba un poco la cortina, pero un vívido rayo me encontraba, y medio espantado volvía al claro oscuro que tanto me acomoda.

Numerosos trabajadores habian ya descubierto los rieles del camino, y el convoy se deslizaba ráudamente mugiendo como un monstruo envuelto en una negra nube. El sol cruzó la esfera y fué á perderse entre las apiñadas nubes del ocaso, la luna salió detrás del monte y principió su ascenso conocido. Largo tiempo se habia caminado, mil y mil pueblos quedaron tras nosotros, los campos cambiaron ya de aspecto. Vino la noche: oh luna, ¡cuánto embelleces y entristeces á la tierra!

Hay un estado medio entre el sueño y la vigilia; ni se duerme, ni se vela. el cuerpo pierde sus fuerzas, la imaginacion se desquicia y va pasando de ideas en ideas. Así iba yo en el fondo de mi asiento cuando me sorprendió un agudo grito: el tren se detuvo, y el guía anunció: ¡Venecia! Me lancé de mi wagon medio aturrido, y despues de una reñida batalla entre baules, pasaportes, policías, oficiosos y mendigos, estuve ya enterrado en los cojines de mi barca. — ¡Gondolero, date prisa! es decir, no mucha prisa, ¿entiendes? Desemboca al Gran Canal y toma á la derecha; luego á la izquierda, y vuelta á la derecha; sube y baja, vuelve á subir y á bajar, y siempre torna á lo mismo llevándome por todas partes antes de dejarme en el hotel; ¿has entendido? — *Ho capio, signoria.* — Pues bien, ¡remar á todo brazo! El buen hombre me tomó por un genio



Una vista del ferro-carriil de Venecia.

vista pudo soportarla; pero como ella es enferma y débil, se esconde al sol de medio dia. Entonces corrí las persianas de mi ventanilla, contento con figurarme un prisionero á quien está vedado mirar el camino por donde le arrebatan las invisibles sombras que han de ir

quierda, y vuelta á la derecha; sube y baja, vuelve á subir y á bajar, y siempre torna á lo mismo llevándome por todas partes antes de dejarme en el hotel; ¿has entendido? — *Ho capio, signoria.* — Pues bien, ¡remar á todo brazo! El buen hombre me tomó por un genio



Venecia. — El puente de Rialto.

benéfico, porque cada minuto mas era un céntimo mas para él : se estiró el cuello, se dobló las mangas, se arremangó el sombrero; entonó la eterna cantilena, y nos deslizamos ráudamente como sobre el dorso de un veloz pescado.

Las impresiones que tuve durante esa navegación fabulosa, las contaré cuando sepa palabras tan dulces como el gemido de las ondas debajo de mi barca, y tan bellas como los trémulos luceros que miraba brillar en el fendo de las aguas. Tal vez al pasar por uno de esos palacios encantados derramaron alguna esencia sobre mí, no sé; pero yo iba como quien ha tomado esos beleños que hacen dormir y soñar cosas vagas y felices, y apenas puedo dar razon de alguna cosa. Me acuerdo solamente que era tarde, y que al rayo de la luna víen una ventana mis-

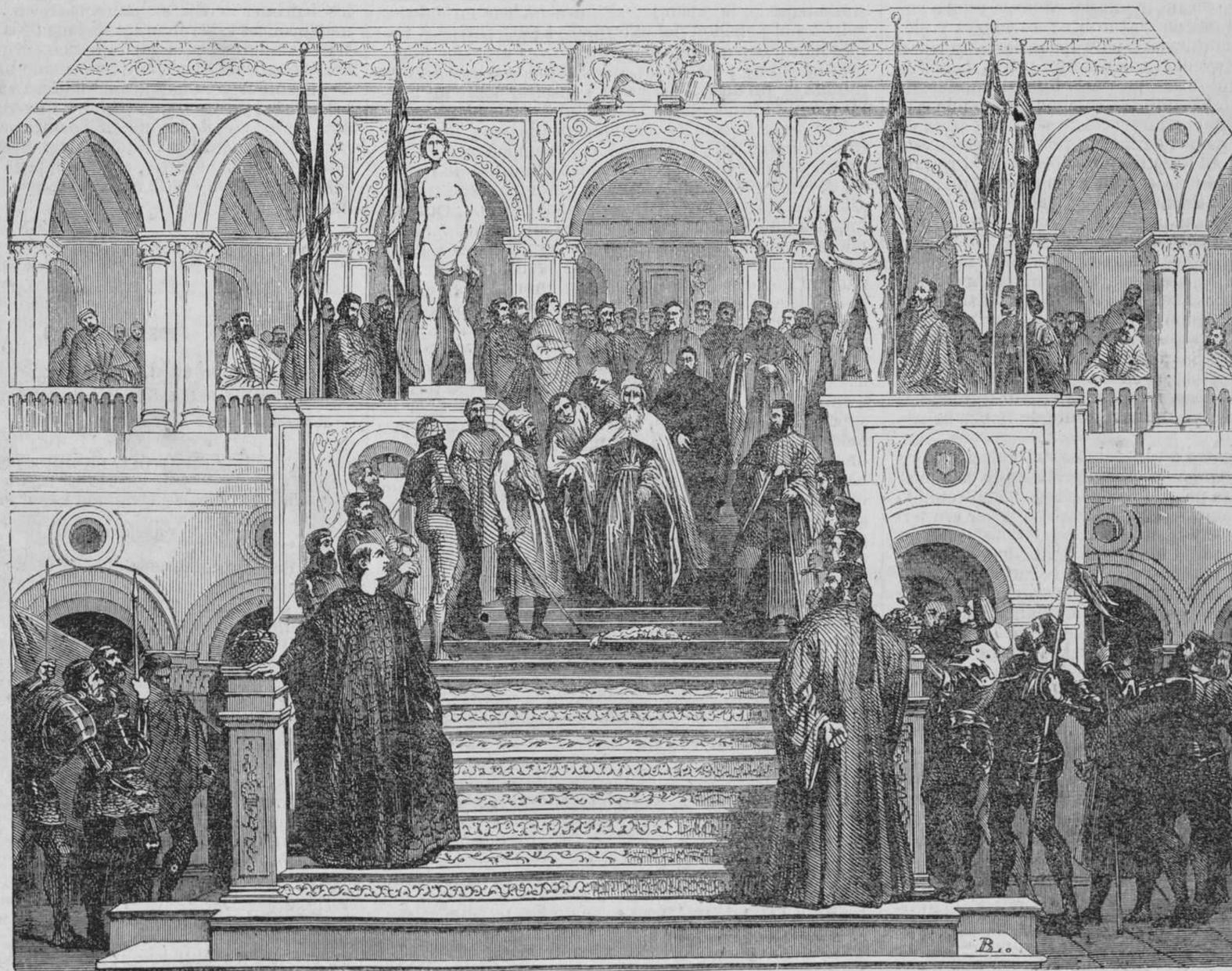
teriosa una figura blanca, cuyos ojos llenos de lágrimas estaban fijos en un punto del horizonte : creo que

era la infeliz Tornaro, llorando por su querida Chipre, toda la noche en vela en medio de su casa solitaria.

Fué reina en otro tiempo, es prisionera ahora; justo es llorar, hermosa destronada : te quedan todavía tu llanto y tu hermosura, y nunca es una mujer mas bella que en medio de las lágrimas de la desgracia.

Si dormí ó velé toda esa noche, fácil es adivinarlo : la luna desapareció detrás de la isla, el gondolero agotó todas sus canciones. Yo sé que las noches son muy largas... pero sé tambien que ellas pueden ser muy cortas... Oh sol, ¿porqué has apresurado tu camino?

He visto soberbios monumentos, he visto ruinas y edificios misteriosos; pero los palacios de Venecia no existen en ninguna parte : cada uno de ellos parece que acaba de salir del seno de las ondas y que tiene sus plantas



Recuerdos de Venecia. — La ejecucion de Marino Faliero.

en el agua para volver á sumergirse cuando lo quiera el capricho de las sirenas que lo habitan. No hay jardines extendidos, ni hay grama que enverdezca sus contornos; pero tienen inmensos parques bordados de blancas nubes en el día, sembrados de estrellas en la noche: el canal está á sus puertas, las lagunas se dilatan bañando las setenta islas. Cuando una incógnita belleza quiere urdir algún complot secreto... del umbral mismo de su alcoba pone el pié en la negra góndola, y va cantando y sin ser vista en busca de su amiga y compañera.

Aquí no hay carruajes que rueden atronando por las plazas, ni el trote del caballo se escucha al pié de la ventana: todo es silencio, y en medio del silencio se percibe apenas la cuerda melancólica de alguna arpa enamorada, ó el canto solitario del barquero extraviado en la laguna. El viento se envuelve en las banderas de los buques, ó viene silbando á girar las velas de San Marcos; y como no tiene polvo con que formar sus torbellinos, siempre se va por las alturas.

Para vivir como en un éxtasis preciso es venir acá: ¡qué luz tan vaporosa, qué calma, qué silencio! El cuerpo languidece, divaga el pensamiento, el corazón desea cosas desconocidas. En cuanto á mí, cuando estoy enterrado en mi honda silla, mirando en una especie de desmayo ir y venir las olas apacibles, nada me importa la revolución del mundo, y bien pueden destruirse todas las cosas, con tal que yo muera en mi delirio.

Mucho he hecho en mi viaje: he subido al Vesuvio y al Deserto; la Sibila de Cumas me ha visto en su honda y pavorosa gruta; he rodeado el lago Averno; me he ahogado entre los azufres de la Solfatara; he seguido el curso escabroso de los ríos. Estoy cansado ya: ahora me gustan los cojines de mi góndola ó los brazos de mi sillón de plumas. Las ruinas de Roma me han llenado de tristeza, esas sombras misteriosas me dieron miedo al fin: ahora, quiero ver cosas risueñas, quiero tener sueños felices: el espíritu también se cansa, y cuando ha padecido mucho desea reposarse alguna vez. Si la lámpara ha de estar constantemente ardiendo, preciso es echar en ella el elemento que ha de sostener la llama; de otro modo, empalidece, vacila, y el mas ligero soplo puede destruirla, sin que otra cosa reste que la difunta y negra mecha.

Aquí estoy á mis anchuras, y me gusta decir lo que todos dicen: Venecia es la excepción de las ciudades, Venecia es sola en el mundo. Sola es la brisa que en la tarde está gimiendo entre las flores, sola es la luna que saliendo de una blanca nube va á quedarse tristemente inmóvil en la mitad del cielo.

La vida de Venecia es tan singular como ella misma: ¡qué de fiestas y aventuras, qué de intrigas y secretos, qué de músicas y danzas mezcladas á los dramas mas oscuros! Al lado de la plaza de San Marcos está *el Puente de los Suspiros*, hé aquí la grande historia.

En el salon del Gran Consejo ví que un espacio oscuro interrumpía una serie inmensa de retratos vestidos majestuosamente y uniformemente, y el motivo de esta falta lo encontré de pronto en mi memoria. Venecia estaba entregada á sus festines de costumbre: los nobles y plebeyos bebían en la misma copa y todos parecían seguros y contentos: tres días se alegraron y tres días pronunciaron el nombre del poderoso Dux llenándole de loores; al cuarto le cortaron la cabeza: ¿en dónde está el origen de este fatal arranque? Solo sé que se trata de una infiel esposa y que ella fué la primera causa de este drama. Así pues, en el sitio que debe tocar al retrato del gran Dux, no ví mas que un paño negro y una inscripción que decía: Marino Faliero, traidor á la patria.

Cuando un viejo calvo y seco me condujo á las prisiones con una lámpara en la mano, de repente me ví trasportado á aquellos tiempos: oí el ruido de las cadenas, oí los ayes de las víctimas, y ví mil sombras pálidas que en vano buscaban un rayo de luz en sus oscuros laberintos. Me asomé á una rejilla estrecha y me apercí de que estaba sobre un puente; ¡no era otro que el de los Suspiros! ¡Salgamos, buen amigo, salgamos presto! le dije á mi guía; si su linterna se apagase, ¿qué sería de mí? En Venecia no quiero tener desagradables impresiones; adios; ya me arrepiento de haber bajado á estos sepulcros.

Mas cuando se pasea en los salones del Palacio de los Dux, es preciso recordar las singularidades de este pueblo original. Allí se mira el Gran Consejo como reunido todavía en esas tremendas asambleas: su poder era terrible, pero él mismo temblaba ante el Consejo de los Diez: los Diez lo podían todo, pero temblaban á su turno ante los Tres Inquisidores. Este reducido tribunal era una especie de misterio, y solo el Consejo de los Diez podía saber los nombres de sus individuos. El menor número era pues el soberano, y siendo *los Tres Inquisidores* el terror de todos los demás, es curioso ver como el uno de ellos mismos amaneció un día con la cabeza tronchada por la autoridad de sus dos colegas: si á este se le hubiera ocurrido una buena idea, habria hecho cortar con tiempo las cabezas á los dos, aunque no fuese sino por asegurar la suya.

El palacio de los Dux es una de las cosas mas bellas que he visto en toda Italia: parece una cosa de sueño, una morada de sombras, un recinto de seres escondidos que están tramando algún misterio. Cien veces he pasado en frente suya, y cien veces me he parado á contemplarlo. En alta noche, cuando las olas desveladas vienen á envolverse en sus pilares gimiendo tristemente; cuando la luna se adelanta por el cielo pasando de nube en nube; cuando todo es silencio, y en medio del silencio se ve alzarse esa blanca y caprichosa mole, es imposible no engañarse creyendo que ella sea una man-

sion fantástica, tras cuyas persianas se miran pasar y repasar ligeras y hermosas sombras. Un día llegó á sus puertas un armadillo caballero, y subió por la ancha grada que custodian dos gigantes: su largo alfanje iba arrastrando por los mármoles, y su peto de oro brillaba al rayo de la luna: dió tres golpes en su escudo, y al alzarse la visera vió unas luces misteriosas que se cruzaban tras los vidrios de las ventanas entreabiertas. Despues de eso tomó por un corredor oscuro y desapareció por un ingreso deshusado. A qué escondida estancia se hubiese dirigido, no se sabe; pero es lo cierto que tres días estuvo no sé en dónde, y que al cuarto le vió alguno salir con la mirada llena de felicidad y de alegría...

El interior no es una cosa mas real: sus anchísimos salones contienen la historia de Venecia en magníficas pinturas: ahí se miran poéticas batallas; ahí se transporta uno en medio de soldados y lucientes armas á las islas de Chipre y de Morea; ahí se reposa á la sombra de las palmas de Candia, y de lo alto de una torre se descubren los harenes en donde suspiran las sultanas de Constantinopla. La República llevó la guerra á todas partes; la victoria le salió al encuentro en todas partes: el Adriático desaparecía debajo de sus velas, su pabellón flotaba en torreones extranjeros: mil legiones se esparcían por los mares para volver cubiertas de trofeos y riquezas: esos soldados eran fieros, y no se quitaban el yelmo y la coraza sino para descansar en los brazos de las niñas que los esperaban en sus poéticas orillas. Ora una nave inmensa cargada de mortales elementos, luchando con los mares, envuelta en mil nubes irritadas y buscando agenas tierras en donde plantar sus estandartes; ora una suave góndola que surca lenta y silenciosamente las lagunas y va á buscar una grada de mármol en donde ponga el pié un disfrazado personaje. La guerra y los festines, el ruido de las armas y el gemido de las cuerdas, el valor y el amor por todas partes, así era Venecia en otro tiempo.

Mas ¿para qué ha guardado hasta ahora los emblemas de sus antiguas glorias? Yo veo los caballos de santa Sofía mostrando alzado el casco de oro sobre la fachada de San Marcos: estas columnas que se miran alzarse en estas márgenes, adornaban algún palacio del Oriente; este obelisco inmenso se lanzaba en otros aires. Estas piedras y porfiro son agenos, estos grupos fabulosos fueron hechos de otras manos, Armodio y Aristojiton suspiran prisioneros al pié del palacio del Gran Dux.

Mas ya no se mira flotar á la distancia el pabellón de la armada que vuelve de la guerra, ni se escucha el campaneó de las torres celebrando una victoria. Cien niñas con coronas de oro se avanzaban inciencando á los guerreros que traían nuevas glorias á la patria, y cien palmas formaban la umbrosa calle que los llevaba á la sala del festin: ahora, en vez de esas alegres virgenes se mira apenas una enlutada viuda que pasa silenciosamente los canales cubierta de su velo, cantando una área triste al son de las olas que se rompen en los muros; y en vez de las risueñas palmas que flotaban simbolizando la victoria, se mira ondear en *los tres mástiles* el pabellón del extranjero! Esos patricios nobles han desaparecido, pues que no veo mas que hombres humildes y barbudos, que bajando los ojos ante la mirada de un austriaco se van á suspirar sobre un lejano puente abandonando sus portales y sus plazas...

Venecia es uno de los nombres mas bellos y mas célebres de Italia. Mas ¿para qué voy á empeñarme en recordar grandes historias? Este aire comunica una especie de embriaguez á mis sentidos; esta luz, estas nubes, estas olas no son para hablar de cosas reales. ¿Qué me importa que Venecia haya perdido su política? Si yo puedo todavía enterrarme en mi honda barca y girar sin rumbo cierto por estos bellos lagos, no pienso en nada ni me acuerdo de otra cosa. Alguna sombra errante que hace tiempo que no he visto viene á pasar delante de mis ojos y me dice una palabra fugitiva...; los suspiros y los ayes que en otro tiempo oía velando al pié de una ventana, se renuevan á mi oído: esas cuerdas murmuran sus notas conocidas, esos ojos se tornan á mirarme... Así voy medio dormido corriendo por la superficie de estas ondas, que cierran despues de mi pasada los surcos que les abrió mi navecilla. Las escuadras zozobraron, los guerreros perecieron; tanto mejor para la gloria de esos tiempos. En cuanto á mí, mucho me gusta esta lánguida pereza con la que me quedo largas horas medio enterrado en la sutil arena de la márgen del Adriático: el viento silba y se revuelve en medio de las ondas; una ligera nave corre á la distancia con la vela desplegada; la espuma del mar viene á apagarse casi mojándome los piés; una concha y otra concha relumbran á mis lados; ¿para qué he de pensar en otra cosa? Ya sé detrás de cuál montaña ha de salir la luna; cuando ella se presente sentada sobre su blanca nube, yo me resbalaré á mi góndola: mi barquero entonará sus áreas conocidas, oíré alguna cuerda solitaria, veré una sombra de larga cabellera detrás de una cortina, y deslizándome por un canal oculto iré á dar yo no sé adónde...

Pero segun me entiendo, ¿yo quiero hablar de poesía? El mas grande y mas sombrío de los genios vino ya á cantar á estas riberas, buscando un rayo de luz y una sonrisa de su desgraciado espíritu: despues de la suya, cualquiera otra voz sería lo que la brisa del cercado al viento de los montes, lo que la tristeza de un oculto lago á la tristeza del Océano. Y bien que mi corazón está siempre lleno de melancolía, no encuentro yo palabras con que contar mis sensaciones. Cuando las olas de un amurallado puerto se hinchaban y levantan por alguna causa oculta, en vano es que se airen y vayan á dar

contra las piedras; que no encontrando una salida, se rompen y gimiendo se revuelven á su fondo conocido.

Pero los recuerdos de Venecia no me abandonarán jamás. Nunca he tenido la pretension de ser feliz; mas cuando pienso en que eso no es enteramente imposible, el corazón me salta de alegría. En medio mismo de esta isla encantadora mi pensamiento está muy lejos... Fijo la vista en un punto del horizonte, y la envío algún suspiro, que no sé si se detiene en esas rojas nubes del ocaso. ¡Quizás bajo los árboles de otras remotas playas hay una voz que tiembla al pronunciar mi nombre! Ahora que me siento con tanta fuerza para batir el remo de mi barca, ¿porqué no cruzo el mar rompiendo las ondas tras las ondas, y voy en busca de ese ser desconocido para traerlo á que habitemos juntos alguno de estos palacios encantados? ¡Oh no! Si empiezo á hablar de esta manera diré mil cosas tristes... Es mejor que estas ideas se tengan escondidas, porque no es bien que el arroyo se desborde y vaya á afligir á alguna planta solitaria, de tanto gemir en torno de ella.

Mas ya que voy á despedirme de Venecia, preciso es que yo no olvide la navegacion mas deliciosa que pude hacerse alguna vez. — El Gran Canal estaba casi abandonado; era tiempo que el sol se había puesto, y la luna apareció de repente en lo alto de los cielos; porque aunque hacia algunas horas que había dejado el horizonte, una porfiada nube la tuvo constantemente bajo de ella. Hice poner una bandera á la popa de mi nave, el *sirocco* la hinchó ligeramente, se metieron á bordo algunas cosas misteriosas, y mirando sin cuidado á las montañas de Istria, de donde se precipita el viento que los gondoleros tiemblan...

Pero ¿quién me entendería aquea historia?... Por otra parte, ella es muy larga, y ya es preciso que concluya. Si alguna vez me encuentro con la palabra dulce y armoniosa, la cantaré sin callar nada. Ahora es necesario que eche mi última mirada á estos palacios y estas torres, á esos recodos escondidos de los lagos. Pasando un puente y despues otro, subiendo una blanca grada y entrando por una portada destruida, iba á salir á un jardinito cuyas flores caen en el agua. Tres árboles ancianos me daban sombra al mediodía, y por la tarde me entretuvieron con el murmullo de sus hojas. Desde aquí los estoy viendo agacharse tristemente, ora á un lado, ora al opuesto, sin poder resistir la tramontana: su amarillenta copa está brillando al último rayo de la tarde; ¡queridos viejos árboles! no me canso de mirarlos, porque será la última vez acaso que los mire. ¿Y mi pobre negra góndola? ¡Voy á dejarte sin siquiera prometerme mi regreso! Deslízate gimiendo debajo de los puentes, que yo no olvidaré la blanca y larga estela que juntos íbamos dejando tras nosotros, ni esas huidas misteriosas que hemos hecho al despuntar del día: ora detuve el pié sobre la arena de la márgen, ora sobre una blanca grada: por todas partes me llevaste siempre, y solo á tí avisé la dirección que pretendía; ¡adios, querida góndola! ¡Y tú, secreta flauta que iba á escuchar en los balcones de Rialto, adios también! Esos conciertos melancólicos esperaban mi llegada; las palomas de San Marcos fueron todas mis amigas, porque mas de una vez vieron caer de mi enlutada mano un grueso chorro de luciente trigo. Cuando ellas bajen á su hora acostumbrada, será en vano que pasen y que vuelvan enredándose en los piés de los que ni las miran. Esas bandas armoniosas llenarán la grande plaza, esas banderas flotarán sobre sus mástiles, esas campanas gemirán sobre sus torres, y yo estaré alejándome por medio de otros mares.

JUAN MONTALVO.

Venecia 23 de marzo de 1858.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO EL DIA 14 DE MARZO DE 1858.

DISCURSO DEL SEÑOR CUETO.

Juicio crítico de Quintana como poeta lírico.

(Continuacion.)

Quintana se conmueve ante la imágen de lo bello y lo grande, y su alma se estremece al aspecto de la opresion y de la injusticia. No hay que analizar mas: Dios, me complazco en repetirlo, estaba en el fondo de su corazón. Pero ¿cosa extraña! singular poder de las preocupaciones! Una sola vez, y como por acaso, sueña en la poesía lírica de Quintana el nombre de Dios, y ni una vez siquiera levanta su musa á los sublimes ámbitos del mundo invisible; ni una vez responde su alma á las voces místicas del cielo con cánticos de adoracion, que están sin cesar resonando en la lira de los poetas cristianos.

El duro sacudimiento que, por las circunstancias especiales de su época, habia recibido Quintana en sus ideas, marchitó la flor delicada de la sensibilidad, que naturalmente se desarrolla en los primeros años del poeta. Los sueños del amor primero, el canto de un pájaro, el cáliz de una flor, la calma apacible de un remanso bastan á casi todos los poetas para despertar el eco de esas deliciosas quimeras que constituyen el tesoro de nuestras ilusiones. Pero no busquéis en los versos de Quintana esta poesía suave y virginal: no bus-

queis tampoco esos delirios de un corazon que se consume en el fuego escondido de sus melancólicos sueños, como una gota de agua en el abrasado arenal de un desierto. Quintana define perfectamente las tendencias poéticas de su alma en estas palabras, que dirige á Cienfuegos en la dedicatoria de sus poesías.

«Tengan en buen hora otros escritores la gloria de pintar con mas halago las gratas ilusiones de la edad primera; haga en buen hora su mano resonar con mas gracia el laud de Tibulo ó la lira de Anacreonte; pero no aquellos que sientan en su corazon el santo amor de la virtud y la inflexible aversion á la injusticia, los que se hallen inflamados del entusiasmo puro y sublime hácia el bien y dignidad de la especie humana.»

Como se ve, la musa de Quintana no es la ninfa vaporosa y ligera que acaricia y deleita: es la matrona grave é inexorable, que solo sabe amar sus encumbrados ídolos: el heroísmo, la ciencia, la patria, la justicia, la libertad. Pedidle ardientes sentimientos, gritos de indignacion, himnos de gloria; pero no le pidais dulces engaños ni ilusiones doradas.

Despues de esto se comprende fácilmente que el amor á la mujer no sea tampoco fuente de inspiracion para Quintana. Y no es decir que no admire á la mujer y que no sienta la magia de la hermosura. Quintana rinde tributo á todas las formas de la belleza. ¿Cómo habia de ser insensible á ella en la forma mas pura, mas animada y mas seductora que ofrece la creacion? Pero del amor espiritualista, individual, exclusivo, que encadena un alma á otra alma, que hace de una sola mujer la compañera de nuestra vida y el fin de nuestra terrestre ventura; de ese amor santo y místico se advierte apenas rastro en las obras poéticas de Quintana. En la expresion del amor, mas que en la de otro cualquiera sentimiento, se acerca este escritor á los poetas de la antigüedad. En la poesía de las sociedades paganas, la mujer, esclava y mal apreciada, no era mas que un objeto de admiracion y de deleite por sus cualidades externas, y no pocas veces un ser funesto que la fatalidad enviaba para trastornar la sociedad, manchar la gloria y emponzoñar el alma de los héroes: en la poesía cristiana, la mujer es una figura noble y respetada, ya vision celestial, que lleva nuestro espíritu á sobrenaturales esferas, ya ángel de bendicion y de consuelo, que infunde aliento y grandeza á nuestra alma, que ilumina nuestro hogar con su virtud y su alegría, que gime con nosotros en los momentos de adversidad, que cuenta por los latidos de su corazon los latidos del nuestro. Comparad, por ejemplo, la Briseida, la Elena, la Circe de Homero, la Medea y la Fedra de Eurípides y la Electra de Sófocles, con la Beatriz del Dante, la Laura de Petrarca, la Herminia del Tasso, la Julieta de Shakspeare, la Margarita de Goethe, y vereis resaltar al punto la profunda trasformacion que el cristianismo ha introducido en el carácter, en el destino y en la influencia moral de la mujer. Recordad á Priamo, en el canto tercero de la Iliada, cuando fascinado al presentarse Elena, exclama de consuno con sus compañeros los ancianos caudillos de Troya: «¿Cómo llevar á mal que los troyanos y los aqueos arrosten tantos males por tan peregrina hermosura, que tiene el porte y el semblante de una diosa inmortal!» Recordad tambien al Areópago de Atenas perdonando á la culpada Frine, cuando, al rasgarse sus vestiduras, descubrió la gallarda esbelteza de sus formas. Claro es que en una sociedad idólatra y materialista que así se dejaba avasallar por las impresiones de los sentidos, la literatura habia de estar dominada por el culto de la forma y no por el culto del espíritu; habia de cifrar su principal hechizo en la majestad y en la lozanía de las imágenes y no en los fantásticos devaneos del pensamiento ni en los misteriosos movimientos del corazon.

Quintana en su admiracion á la mujer quiere hermanar los sentimientos íntimos y los encantos exteriores. Pero su musa solemne y rigida no tenia acentos para los desvarios místicos ó tiernos del amor. Algunas veces ha ensalzado en su lira los encantos de mujeres determinadas; pero nunca se traslucen en sus versos las intensas amarguras ó los ideales éxtasis de un corazon que ama de veras. Si admira conmovido á Luisa Todi, no la mujer, la magia de la música arrebatada su fantasía: si, con una riqueza de imágenes y una entonacion comparables á las de la poesía griega, canta á Cintia bailando, la gracia, la belleza exterior y el nimen de las artes le inspiran: si entona delicados himnos de alabanza á la duquesa de Alba, mueven su ánimo las virtudes de la beneficencia; y si llora la ausencia de Célida y la llama con este verso delicado:

«Ángel consolador, ¿dónde te has ido?»

la musa de Quintana sabe emplear las mas halagadoras formas, y expresar la pasion aparente que se elabora y forja con la imaginacion, pero es harto analizadora y disertada para que no se columbre desde luego que aquel fuego de amor no está muy hondo ni abrasa mucho en el corazon, y que aquella ternura es la del amigo que consueta mas bien que la del amante que con su dolor se martiriza el alma.

En su magnífico canto á la hermosura es donde campear con mas amplitud y desahogo las galas de la imaginacion de Quintana en los espacios del amor. Allí no hay objeto determinado; allí no está el alma aprisionada en la cárcel de otra alma. Es un himno de admiracion al sexo entero. El poeta no tiene á quien dirigir su corazon, y al pensar en el realce que da la sensibi-

lidad á la hermosura, su mente evoca la imagen de Eloisa, tradicion del amor sublime que se mantiene inalterable como un arca santa en los recónditos senos del alma. Este recuerdo de amor cristiano hace adivinar al poeta cuán celestial prestigio añade el sentimiento á los hechizos de la hermosura y le inspira el bellísimo apóstrofe con que termina el canto:

«Así sus ayes lastimeros hienden

(va hablando de Eloisa)

De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos á su tumba, y llanto,
Llanto mas bien; las lágrimas que vierto,
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca pareceis mas bellos,
Sabed que nunca sois mas poderosos
Que cuando en vos se mira
El vivo afán que el sentimiento inspira.
Sin él ¿qué es la beldad? Flor inodorá,
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazon no adora.

A pesar de este homenaje tributado al instinto del sentimiento, las emociones del corazon no toman nunca en Quintana el camino de la verdadera ternura. Siente activamente el imperio de la hermosura; pero la siente á la manera de los poetas gentiles, sin idealismo y sin melancolía. En su canto á la hermosura, su corazon no responde á otro corazon; no individualiza; ama al sexo entero; y no es posible engañarse: quien amando no individualiza, no ama. Además, señores, en ese mismo canto hay visibles rastros de que en las expansiones poéticas del amor no se apartaba del pensamiento de Quintana la poesía de la antigüedad. ¿Quién no reconoce en aquellos sabidos versos:

«Dichoso aquel que junto á tí suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe, etc.

el recuerdo de la célebre oda de Safo conservada por Longino y traducida en parte por Catulo y Boileau? Este último empieza así su traduccion, en verdad sobradamente aplaudida:

«Heureux qui près de toi, pour toi seule soupire;
Qui jouit du plaisir de t'entendre parler;
Qui te voit quelquefois doucement lui sourire, etc.

No cabe dejar de ver aquí el original de aquella imitacion. Pero en sus propias inspiraciones resalta espontáneamente, á veces, la tendencia materialista que prepondera en los cantos de Quintana dedicados á la mujer. En la composicion publicada en la *Corona fúnebre* formada con motivo de la muerte de la señora doña María de la Piedad Roca de Togores, duquesa de Frias, tenemos de ello un indicio harto claro. Todos los poetas que escribieron para la *Corona* lamentaron con amargos acentos la pérdida de aquella esclarecida señora, é hicieron notar el vacío que, por sus insignes prendas de corazon y de entendimiento, habia dejado en el ánimo de su esposo y de sus amigos. Quintana, arrastrado siempre por el culto de la exterior belleza, ni encuentra lágrimas para aquel infortunio, ni intenta mitigar la pena invocando los de-ignios de la Providencia. Su fantasía le ofrece un singular medio de consuelo. La mujer pierde á sus ojos, al perder la hermosura, la esencia de su ser, y no juzga tan grave desventura que venga la muerte á preservar á la mujer hermosa de la triste decadencia de sus hechizos materiales. Ved con cuánta claridad expresa el poeta su admiracion materialista en esta lozana estrofa:

«Bella fué, bella aun es, la amásteis bella,
¿Quereis que venga la vejez odiosa,
Y en ella estampe su ominosa huella?
¡Muera mas bien que envejecer la hermosa!»

No es este el amor de la poesía cristiana. Esta nos lleva irresistiblemente á la meditacion y á los afectos misteriosos del alma, y antepone á los encantos que se perciben con los sentidos aquellos que son visibles únicamente para los ojos del espíritu. No llegó en esta parte mas allá que mi ilustre antecesor la civilizacion sensual de la Grecia, que divinizaba la materia y queria ver, por decirlo así, el sello de la forma artística en cuanto excitaba la admiracion.

El amor á la humanidad es uno de los mas puros y nobles manantiales de la poesía de Quintana. Recorred sus obras: en todas ellas encontrareis vivo y palpitante ese sentimiento sublime, que es el camino por donde mas se acerca la inspiracion de nuestro poeta á su origen divino. ¿Cuál de vosotros no recuerda en este momento aquella magnífica oda á la expedicion española para propagar la vacuna en América? Al parecer ¡qué prosaico y embarazoso asunto para las manos delicadas, y por decirlo así, aristocráticas de la musa lírica! Y sin embargo, no cabe mas elevacion de pensamiento, mas

calor de alma, mas nobles atavios de lenguaje que los que emplea el poeta para ensalzar la expedicion. ¿Quién no admira la ática delicadeza con que habla del antidoto de las viruelas?

«Las madres desde entonces
Sus hijos á su seno
Sin susto de perderlos estrecharon,
Y desde entonces la doncella hermosa
No temió que estragase este veneno
Su tez de nieve y su color de rosa.»

El entusiasmo lo ennoblece todo en las letras; y ¿cómo no habia de sentirle quien pone en boca de Balmis estas palabras tan sencillas como fervorosas?

«Yo volaré, que un nimen me lo manda:
Yo volaré: del férvido Océano
Arrostraré la furia embravecida,
Y en medio de la América infestada
Sabré plantar el árbol de la vida.»

A este linaje de emocion moral pertenece asimismo, si bien mezclada con la emocion política, la admirable oda á la invencion de la imprenta. ¿Qué podria decirnos, señores, en alabanza de este canto magnífico que no esté en la conciencia literaria de cuantos me escuchan? Vosotros sabéis que en casi todas las naciones civilizadas ha habido escritores que entonen himnos á la imprenta; pero ninguno, podemos decirlo sin que se nos tache de engreimiento nacional, ha sabido hallar tonos tan altos, miras tan trascendentales y acentos tan grandilocuentes. A la luz del progreso humano, la mente de Quintana se conmueve y se inflama, y aquí se juntan en su ánimo el amor á la gloria, el amor á la ciencia y el amor á la libertad.

Presentes están sin duda á vuestra memoria aquellas estrofas elegantes y numerosas en que nos pinta cómo, sin la imprenta, se devoraban los siglos á los siglos, hasta que por medio de ella el pensamiento

Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera
Y hablar ya pudo con la edad futura.

¿Cuánto se anima su elocuencia al contemplar las conquistas del entendimiento humano, que abraza en su vuelo la creacion entera! Permittedme, señores, que ceda á la tentacion de recordar aquellos versos tan sonoros, tan rápidos y tan concentrados:

«Levántase Copérnico hasta el cielo
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar; la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impio,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.»

¡Lástima, en verdad, que deslustren este eminente canto algunos pensamientos inspirados por el frenesí que despertaron las doctrinas escépticas en imaginations temerarias! ¿Cuántas veces los hombres de sano corazon y de sosegados instintos han deplorado aquellas enconadas palabras!:

«¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?
Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.»

¡Monstruo inmundo y feo la veneranda Iglesia católica! Señores, casi no es posible indignarse contra este sacrilego desvario. Su acerbo tono, su agresiva violencia os están diciendo que el fanatismo político anublaba en aquellos tiempos la razon de Quintana. La época en que fermentaban sus primeras pasiones políticas era una de aquellas en que las civilizaciones reciben rudos sacudimientos, que desnaturalizan los principios y trastornan las ideas y los sentimientos morales. En la obcecacion de aquel vértigo terrible y pasajero no herian los ojos del fogoso poeta los resplandores de paz, de amor, de caridad y de civilizacion que ha difundido el solio divino de San Pedro: no advertia que en él estriban, como en su natural asiento, los altos principios de la unidad y de la autoridad, que nunca han parecido mas grandes que cuando el

libre exámen, que no está en divorcio con ellos, ha venido á demostrar que son basa en que descansa el órden moral, y fuente de la fe, consuelo y vida del corazón. Pero olvidemos, en gracia de las inspiraciones del poeta sublime, los arrebatos del filósofo extraviado; y con tanta mejor voluntad, cuanto que la filosofía de Quintana *crimen fué de su tiempo*, y no suyo. El padre Velez, autor de una obra en que la recta intención supera muy visiblemente al desempeño literario, demuestra que las citadas palabras son reflejo fiel de otras palabras del rey Federico II. Esos alardes de incredulidad desenfadada, esos declamatorios vaticinios, esos desmandados ataques á la majestad de la religion, son achaque inevitable y casi universal de las grandes turbaciones sociales que enflaquecen y quebrantan los principios fundamentales en que descansa la conciencia humana. Pero estas crisis pasan al cabo como las tormentas de los mares: los santos instintos que Dios depositó en nuestra alma prevalecen sobre las discordias y deleznales creencias que en su seno ate-

soran las revoluciones, y tarde ó temprano triunfa del entusiasmo del error el entusiasmo de la verdad.

Preocupaciones y arrebatos de índole semejante extraviaron igualmente á Quintana en su poética fantasía titulada *El Panteon del Escorial*. Su noble horror al despotismo, exagerado y desquiciado con sus fantasmas de opresion, le lleva á desatender las condiciones y las influencias históricas, á olvidar los móviles morales de los tiempos pasados y hasta á calumniar los caracteres. Su apasionada musa convierte á Felipe II en un vulgar tirano, y á Cárlos V en un conquistador arrepentido. Aquel pierde su elevacion sombría, este su majestad y su grandeza. Felipe II, sobre todo, es el blanco de las iras poéticas de Quintana. Schiller y Alfieri no amenguan tanto su figura imponente y grave. El Felipe II de Quintana no es el monarca adusto, rígido y tenaz, pero prudente, diestro, altivo y eminentemente español, que nos presenta la verdad histórica; es el Felipe II zaherido y calumniado, que con testimonios de origen luterano crearon los enciclopedistas

franceses. La memoria de aquel gran monarca (el mismo Quintana lo dice)

« De odio á un tiempo y horror le estremecía. »

(Se continuará.)

La romería de San Celerin en la Baja Normandía.

Entre las numerosas ermitas normandas que son en todas las épocas del año objeto de devociones y de novenas piadosas, es muy célebre la de San Celerin, situada en la aldea de Roncamps, entre Condé y Aunay, donde la fama popular del santo á que está consagrada atrae una afluencia considerable de fieles, sobre todo durante un mes, desde el 7 de mayo al 7 de junio. Esta romería, sin embargo, no ofrece nada que pueda herir profundamente la imaginación; — ni la majestad ó la antigüedad venerable del monumento religioso, ni la pompa de las ceremonias del culto, ni la consagracion



¡La romería de San Celerin.

de la religion, ni aun siquiera la leyenda maravillosa del santo patronímico.

La capilla, propiedad particular de un posadero, es una humilde construccion con techumbre de paja, sin campanario, y que en nada se diferencia de las cabañas de la vecindad; el interior pobre y desnudo no tiene otro adorno que la imagen del santo venerado cubierta de cintas arrugadas y de oropeles descoloridos, estatua incompleta y tosca sobre la cual el picapedrero de la aldea acomodó como pudo una cabeza obra de sus manos, grotescamente cubierta con el sombrero moderno. El patron del lugar es, segun dicen, un santo apócrifo que no figura en ningun calendario y que la Iglesia repudia (en efecto jamás se celebra en la capilla ninguna ceremonia religiosa); nadie sabe decir dónde ni en qué tiempo existió; los que mas saben pretenden que era un pastor canonizado por sus virtudes.

Pero lo que nadie ignora, porque es una tradicion transmitida de padres en hijos, es que la fuente próxima á la capilla posee la virtud maravillosa de curar toda clase de enfermedades; esto hace que acudan allí de todos los puntos de la comarca, aun de los mas lejanos.

Cada dia se renueva el espectáculo de una multitud de pobres enfermos y de devotos que con una fe primitiva van á buscar la salud para sí ó para las personas que les son queridas. Despues de rezar largo rato en la capilla al bienaventurado pastor, los enfermos van á la fuente; las madres sumergen en las aguas á sus hijos raquíticos y dolientes, y los devotos en buena salud toman agua que llevan á los que están clavados en el lecho del dolor.

Dícese que todos los años se operan curaciones sorprendentes, y que solo pueden explicarse por la omnipotente intervencion de san Celerin. Sea como quiera, todos los devotos se vuelven en silencio llevando consigo la consoladora esperanza de una pronta cura, y á pesar de las decepciones inevitables, la devocion á san Celerin se aumenta todos los dias.

Anualmente se celebra una reunion cerca de la capilla á la que acuden las poblaciones de los campos, de las cuales una masa compacta acude sin cesar á hacer sus devociones al santo. Continuamente hay abluciones en la fuente maravillosa, y las buenas mujeres llenan botellas por precaucion contra las desgracias imprevis-

tas. Los grupos de aldeanos se reparten y se extienden alegremente por la yerba fresca de los prados; se improvisan comidas campestres á la sombra de los manzanos en flor; la cidra circula en jarros, y el rústico cantor divierte á un crecido auditorio de mozos y muchachas que le acompañan con el cuaderno de canciones en la mano.

El vendedor de rosarios benditos entona las alabanzas de san Huberto ó de santa Genoveva de Brabante y despacha sortijas, medallas y escapularios que es un portento. Los tenderos ambulantes hacen tambien su negocio, y la que dice la buenaventura, discretamente abrigada detrás de unas matas floridas, pronostica á los novios y novias que acuden á ella una larga serie de felicidades.

Pero de repente se oye el violin; la juventud corre hácia el tonel donde se alza orgullosamente el músico de aldea, y principian las danzas.

Cuando las primeras sombras de la noche oscurecen las copas de los árboles, y el risueño entona su cántico melodioso, la funcion se acaba, y cada familia toma el sendero que conduce á su aldea.